

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS



TEMPORAL

El sector típico de la Cruz Verde, que fué la primera zona expansiva de la Ciudad, el punto de crecimiento o renuevo, era la Cruz misma con el principio de la Calle Machero y los finales de las calles de los Yeseros y Nueva. Formaba aquello un anchurón enorme de corrales y cuadrejas hechas de adobes, como los cuartos del yeso y de dormir. El suelo, de tierra en la calle y en las casas.

Las lluvias arrastraban la cal y dejaban al desnudo hastiales y murallones, empapados, desconchados, que daban una sensación sorda, apianada, de tristeza.

La gente, del color de la tierra, moteada de yeso como los tapias de cal, «apencada» contra los quicios, con las manos en los bolsillos, observaba el tiempo, entregada a un fatalismo tradicional.

Los carros en las puertas, chorrando. El agua corría silenciosa por los arroyos que se iba labrando. El hombre, abstraído en su contemplación, llegaba a ensimismarse por largo rato, hasta que el galgo le hacía volver en sí, al estirarse, abriendo una boca fenomenal que se continuaba en un hostezo ruidoso del hombre, que se sostenía con el hombro apoyado en el cerco del portón y entonces se entraba, encogiéndose por la frialdad que no había percibido antes.

El cielo seguía encapotado. El pardo rincón de la Cruz Verde tenía el tinte sombrío que anuncia el chaparrón a punto. Estábamos de temporal. El tío «Pelao», el barro del suelo y el tapial mojado, formaban una unidad compacta que era la realidad torva, cruda y atormentada del panorama de la Cruz Verde.

Dificultad de la obra

SE ha dicho en varias formas cuál es la obra. Alguna impaciencia percibida obliga a decir cuál es su dificultad. Tal dificultad se halla en el terreno, en su virginidad, en su estado de pureza bronca, enteriza, selvática, sin cultivo. Quien haya roto el hielo alguna vez en la vida para emprender algo a lo que haya dado cima, comprenderá esto bien.

El trabajo de conjunto, de síntesis, grato al que espera, es imposible sin nu-

merosos esfuerzos parciales que permitan conocer y hacer manejables los elementos de construcción.

Desbrozar la tierra para empezar a ver, supone no escaso trabajo. Después es menester hacer sondas, abrir canteras, fijarse en lo que se va encontrando, apartarlo, clasificarlo e irlo estudiando por partes, evitando perderse en las galerías subterráneas entre los escombros y los escondrijos. Los sillares extraídos necesitan ser labrados separadamente, preparar la argamasa, las herramientas y la gente para cimentar el edificio que se desea ver levantado. Pero sucede que en el trabajo preparatorio o roturador se descubren animales y plantas dañinos que el celo del cultivador quisiera desterrar. Uno de los más aniquiladores de las obras del hombre es el **olvido** y para ahuyentarlo son las voces de estos cuadernillos, reconociendo su poca utilidad, pero no es posible otra cosa, de momento. La síntesis necesita el conocimiento previo, minucioso y detalla-

do de cada uno de los componentes. Ya se hizo notar eso al echar de menos la colaboración y, en otro lugar, al buscar alguien que hiciera el estudio de la flora comarcal.

Ojalá que la diligencia escrutadora de nuestra estudiosa juventud realice el trabajo parcelario, monográfico, que unido a estos recuerdos permitan después el conocimiento exacto y completo de la vida en La Mancha. Confíemos, sin dejar de laborar.



HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

Mes de Mayo
del año 1956

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
DE
ALCAZAR DE SAN JUAN

FASCICULO
SEXTO

Pan nuestro

Muchas veces, entre las admirables y queridas alcazarías, sujetando su mano tensa y sudorosa, he sentido la vibración de la fibra lugareña al apretar los dolores de la maternidad.

La madre, vieja, sarmentosa, imponía con sigilo su ejemplaridad: «los dolores se los come una y aunque se pudra, no se entera ni la tierra».

La estancia, en la penumbra, quedaba en silencio, apenas alterado por un rítmico crujir de huesos y rechinar de dientes.

Mis manos, lívidas por larga y fuerte presión, dolorosamente adormecidas, me hacían considerar el consejo de la abuela: ¡comerse los dolores! Y comprendía el orgullo del terreno. ¡Es legítima la altivez de quien se come los dolores sin tener, acaso, otra cosa que llevarse a la boca!



DESVELADO, cruzan la mente muchas escenas de la vida pasada que ponen el ánimo suspenso largo rato.

Ahora mismo estoy viendo un grupo de chicos del Pretil, sentados en el suelo.

Han acabado de jugar y se están contando cosas. Uno habla fuerte y los demás lo escuchan atentos, embobados, como se escuchan de chico los cuentos de miedo.

En la ventana de las aleruyas hay un fraile asomado, con la mirada fija en los tejados.

De la Iglesia salen tres viejas arrugadas y una mujer gorda, alta y agobiada, con mantellina y andar de pato. Van gruñendo. Una le quitó los cabos a la otra, en venganza de haber puesto su banquillo en unas misas que la otra no quería que estuviera, para amolar a esotra. Se separan refunfuñando, con la amenaza de verse mañana en la sacristía. Van condenadas.

Los chicos salen corriendo cada uno por su lado, como asustados.

El fraile de la ventana de las aleruyas se alza la capucha y desaparece.

El Pretil queda en silencio y solitario. Ya es de noche.

¿Qué tiene todo esto de particular?

Es una estampa de cualquier día de otro tiempo.

Al llegar a la casa se juntan las viejas y los chicos: ellas revolviendo el saquillo de la cera para esconder los cabos en la alacena; las criaturas guardando las cajas y los cuescos para el día siguiente.

Se acurrucan y sigue la historia. La abuela habla de los facciosos, de los carlistas, de los franceses, de los moros, de la reina Mercedes, de lo que hablaba su pa-



Preciosa fotografía de la época que comentamos.

En ella aparece el matrimonio Fulgencio Alcolado y Braulia Montreal, padres de todas las Braulias, que también están en la fotografía; Margarita, guapísima a pesar de lo del ojo; Rafaela y Felisa y el mozo Julián, todos bien conocidos y queridos por su buen carácter y excelentes prendas personales. Aparte de las de vestir que tienen en el retrato, muy típicas y calificadas, pues no en balde la Braulia fue famosa en la comarca por la venta de tejidos y azúcar de pilón, con puesto fijo en Cristina y en Quero.

La mayor utilidad de esta fotografía, está en los detalles de la indumentaria femenina, contrastando con otras ya publicadas de matices predominantemente masculinos y una tendencia general a considerar como adultos a los adolescentes.

Cuentos de vieja

dre, de lo que oyó contar a su madre o refería la moza vieja aquella que crió a su hermanilla cuando se quedaron solas. Las criaturas están con la boca abierta y al otro día, en la pairata del Pretil, refieren lo que soñaron: ¡Muchacho, iba por una cuesta muy grande, muy grande y venían los ladrones a cogirme y me caí en un barranco y al poirazo me desperté! ¡Qué susto! Y ayer mañana soñé que me cogía un toro y me caí de la cama con un dolor de pantorrillas muy grande, por no poder correr.

Y así, de tan simple manera, se van formando las nuevas generaciones y la trama de la vida pueblerina cuya historia no consta en ninguna parte, pero que lleva arrollada, hecha dobleces, cada alma en su almarío y ese es el archivo que hay que registrar para conocerse y mejorarse; la vida.

Tomando el lapicero y el papel para hacer un resumen de la propia existencia, se queda uno parado. ¿Qué se ha de decir? Los primeros pasos, tan decisivos, no pueden relacionarse con nada, nadie tuvo la idea de señalar los motivos y las reacciones anteriores para apreciar la sensibilidad de su tiempo y solo queda el regatillo tradicional de los cuentos de vieja.

Entraña alcazareña

LA vida ha cambiado tanto, que es difícil o acaso imposible, que las nuevas generaciones puedan apreciar los factores que han forjado nuestra personalidad. No es que a nosotros nos sea mucho más fácil, pero el haber percibido en nuestra infancia algunos detalles de la vida anterior nos permite intentar una explicación, pues por algo pasan las cosas y, como dice el insigne arabista D. Emilio García Gómez, «¿Se sabe lo que es venir de cientos de generaciones sedientas o que de tarde en tarde han bebido la baba salobre de los pozos?» Pues sedientos, hambrientos y semidesnudos estuvieron durante siglos nuestros antecesores y aunque nos tocara empezar a vivir en días de relativa prosperidad, algunos rasgos se observaban todavía, indicadores de la dureza anterior.

Imagínese lo que podría ser Alcázar sin viñas, sin estación, rodeado de tierra fuerte y seca, abandonada, cuya propiedad no le pertenecía, en un período de revueltas políticas permanentes y miseria nacional, que hacía más agobiantes los factores naturales por no permitir la utilización de recursos defensivos. El clima se imponía con gran violencia: el sol lo abrasaba todo. Se decía que achicharraba hasta a los pájaros. Bajo su efecto los pueblos parecían deshabitados, nadie salía de su escondrijo. El frío provocaba un encogimiento general, haciendo saltar hasta las piedras. La gente no podía contener los tiritones y el barro de las calles y caminos, de una vara de espesor, abría al helarse unas grietas profundísimas que hacían peligroso el tránsito. El solano y el cierzo barrían con furia los elementos disgregados y lanzaban al espacio, días y días, nubes inmensas de polvo, dejando el suelo descarnado, enseñando los cristales de salitre. El agua huye de la superficie como las personas y los animales siempre encerrados.

¿Qué podía hacer la gente en estas condiciones? Por añadidura, si cultivaba alguna planta se le perdía la cosecha nueve veces de cada diez e incluso quedaba expuesta al pillaje y robos, propios de ese estado que imposibilitaba hasta salir al trabajo por falta de seguridad personal, y esa lucha contra lo imposible es natural que provocara un marasmo general o conformidad con un fatalismo enervante, reduciendo la actividad al aprovechamiento elemental de lo más inmediato y propio del terreno: el yeso, el salicón, el salitre, que apenas permitirían matar el hambre.

Por añadidura, las infecciones epidémicas encontrando un medio óptimo en esas condiciones de miseria, producían con frecuencia verdaderos desastres, diezmando la población: el cólera, el tífus, las viruelas y otras enfermedades desconocidas hoy hasta de los médicos, asolaban la comarca.

Manzanaque cuenta que en la epidemia cólera de 1834, murió en Alcázar el 90 por ciento de los invadidos.

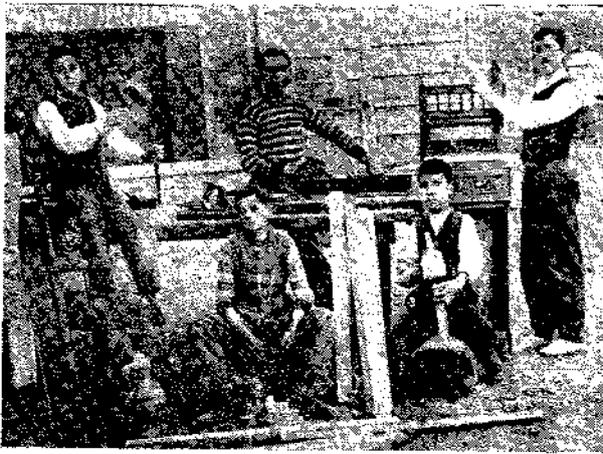
La gente huía despavorida y mis padres durante la epidemia del año 85, estuvieron todo el tiempo en la quintería de la Muela.

Todavía solían interponerse otras calamidades no menos funestas, como el hambre del año 1837, por haberse perdido totalmente la cosecha y no ser posible traer alimentos. Las personas se iban a los cementerios a acabar sus últimos días y otras murieron en sus domicilios, reduciéndose la población a unos cuatro mil habitantes.

La falta de trabajo fue absoluta, sin más salida que la misera explotación del salicón y el salitre.

Artesanos y braceros sin recursos, arrancaron las puertas, ventanas y techumbres de sus casas, para venderlas.

No es menester forzar mucho la fantasía para imaginarse el aspecto desolador de tanta



Los chicos sacaron unos cuantos trastos al corral para hacerse esta fotografía, pero el taller de ebanista en que estaban de aprendices era el de más categoría en toda la comarca, todo el mecanizado, con serradora, cepilladora, tupí y torno, y una caldera de vapor para mover todo el engranaje. Fué el taller que instaló en la carretera de Criptana Miguel Correas, alma de artista, que no solamente hizo muebles inmejorables, sino trabajos de talla y escultura muy notables, de los que hay alguna muestra en nuestro Cementerio.

En la fotografía, están de izquierda a derecha, «Sindo», escopleando, (Don Gumersindo Sánchez Pérez, hoy Inspector principal de Material Móvil), con la garlopa, D. Julio Ocaña, jefe de Visitadores en Puente Genil y lijando, Ramón Esperón.

Sentados, Iguacio Marchante y Abdieso Alberca, haciendo astillas.

ruina, aumentada seguidamente con la liquidación de la guerra carlista, terminada con el abrazo de Vergara, el bandidaje, las represalias, hasta que la pacificación permitió la reanudación de la vida, sustituyéndose el pan negro de centeno por el de candeal y empezando a verse algunos alimentos antes desconocidos, como el pescado.

La clase trabajadora empezó a mejorar los andrajos con que se cubrían y las clases pudiente y media el muy remendado y ordinario.

Las camas eran de tablas y cordeles, que han llegado a nuestros días, con jergones de albardín o paja por colchón. Como asientos, los serijos o taburetes.

Todo esto, instalado en viviendas ruinosas o hundidas.

Este panorama no era exclusivo de Alcázar, naturalmente, y poco a poco se fué modificando en todas partes, pero el contraste entre nuestro lugar y los pueblos colindantes se hizo

patente enseguida y con más rigor que ahora, aunque sea manifiesto también en esta época, en razón a la facilidad de las comunicaciones y al intercambio general con otras zonas más distantes. El atraso, el ruralismo circundante, ha sido evidente desde el año 50 para acá.

La biturcación ferroviaria imponiendo la previsión y reparación de malterial, con residencia de técnicos especializados. La espera diaria de innumerables transeuntes y el constante viajar de los del pueblo, aceleraron sobremanera la transformación de la vida alcazareña.

Poco a poco, se fueron cambiando las ropas remendadas por otras nuevas. (Los señores de nuestros días llevaban las botas con palas y medias suelas repetidas hasta que se rompía el contrafuerte), los pantalones con culeras, piezas en los codos de las chaquetas y manguitos de percalina para no desgastarse la bocamanga. Las casas se fueron enjalbegando y rehaciéndose todas a partir del año 58, que se hizo la

He aquí la Fábrica de gaseosas que tenía Enrique Puebla, en la Roadilla, hace 64 años. Los que figuran en ella son: de izquierda a derecha, Francisco Leal (Tintín), después churrero al casarse con la Emilia de la tía Martina, Pablo Ramos (el Recental), que llena las botellas, cuyo apodo proviene de su tardío nacimiento, cuando nadie esperaba que la abuela saliera por peteneras. Los pastores empezaron a bromear diciéndole que iba a tener un recentalillo y con recental se quedó toda la familia. Mi madre sacó de pila a su hermana Gabriela.

El tercero es un pulido joven que no se ha podido identificar.

La del cóntaro es la Francisca del tío Bas tiamillo, después esposa de Ramón Escribano, y el chico es Ángel Puebla, antes de adquirir la cara y el gesto jovial que lo hicieron inconfundible toda su vida. La mano derecha la tiene apoyada en las cuerdas del tiple, que descansa en el suelo. Se ve que desde pequeño le atrajo la música, pues nunca dejó de tocar.



de Santa Quiteria, n.º 3, primera desde varios siglos, según Manzanque.

Las camas de tablas se cambiaron por otras de hierro. Los serijos por sillas de Vitoria y las familias pudientes pusieron hasta perchas y lavabos, que antes no se conocían.

El viñedo hizo fructífero nuestro suelo y con el tren empezaron a llegar a Alcázar los periódicos antes que a ningún pueblo, cuyo reparto, limitadísimo, tomó a su cargo el padre de las «Carteras» y después «Caguillo», zapatero de oficio, cuya semblanza se hizo en el segundo fas-

hacian lugareros, engrosando las tertulias de zapaterías y demás talleres de artesanos donde siempre había alguno que leyera en alta voz el periódico, antes o después de darle repaso a los chismes locales.

Puede decirse que el pensamiento alcazareño se modeló en la lectura de los periódicos y en los hechos destacados por la prensa de la época: la política, los toros y los sucesos. La gente iba a San Isidro y al Dos de Mayo, con alegría infantil, aprovechando la baratura, como iban a Alicante en los famosos trenes bolijos, apretuja-

PUEBLA

Hombre vivaracho, listo, que tomó una parte muy activa en el desenvolvimiento progresivo de la vida local. Tenía una doguería y hojalatería en la calle Resa y allí se hicieron las primeras bañeras de zinc en cuanto la gente empezó a sentir la necesidad de lavarse y cuando todavía no había baños ni en el Palacio Real.

En Alcázar utilizaban, generalmente para los chicos, en plena canícula, los pilancones, coladores, artesillas de lavar la ropa y los tinós de las bodegas, puestos al sol para calentarse con los cántaros, cubos y calderas disponibles en la casa y se daban cinco, siete o nueve baños. Siempre nones y sin excederse. Las familias más pudientes solían alquilar una de esas bañeras de zinc, por las que pagaban cinco reales diarios.

Aparte de ese período, las bañeras solo se utilizaban muy excepcionalmente para bañar algún enfermo.

Pero Enrique no estaba ocioso por eso, puso fábrica de gaseosas y se hizo retratista.

Construyó la bodega de la Rondilla y montó la imprenta, componiendo él, o sea que no se dormía para iniciar en Alcázar lo que captaba del exterior, administrándose siempre acertadamente como lo demuestra la posición que se creó.

Su inquietud y fina observación lo acreditó desde muy joven, como demuestra su carta publicada en el tercer volumen de las memorias de Gutiérrez Gamero, titulado «La España que fué». Da detalles muy demostrativos de la proclamación de Alfonso XII en Sagunto, en la que tomó parte como Cabo del Batallón de Reserva de Madrid.

En el centro de esta fotografía figura sentado, con su gran bigote castelano y con las manos cruzadas, Enrique Puebla. Los que le rodean son todos alcazareños que merecieron respeto y confianza general por sus buenas cualidades personales. A su derecha están Julián Arias (el de Pretolo Morono) y Eusebio Montealegre, (el Coso). A su izquierda Jesús Vaquero (el del Registro) e Isidoro López (el del Cielo). De pie, de izquierda a derecha, Pedro Raboso, (el de Perra); Paco Paniagua (el de Quinica); Antonio Barrilero, (Chavicos); León Vaquero y Joaquín Soubriet.



cículo y al que pronto se conoció por «José María el de los papeles». Era aficionado a la música e incluso daba lecciones. A última hora tocó el violón en la orquesta, lo que le haría reírse de sí mismo, pues era hombre de chispa, y el violón el instrumento que mejor cuadraba a su espíritu zumbón. Mondaba la patata asada con tal arte para echar un trago, que cuantos estaban a su alrededor abrían la boca cuando él, pero solo en la suya entraba la «chuleta» de huerta.

La Estación colmó las aspiraciones de los alcazareños y como el campo siguió siendo poca cosa, muchos padres, para dar ocupación a los hijos, abandonaban las hazas a los 40 años y se

dos como sardinas en banasta y nunca se venían sin ver la Parada de Palacio, una corrida buena, y los que podían, una sesión del Congreso y hasta alguna vista ruidosa en la Audiencia por tal cual crimen pasional. En suma, todo aquello de que se hablaba y discutía continuamente en la zapatería.

Los arrieros y los periódicos introdujeron en la vida de Alcázar, aunque tardíamente, los rasgos del romanticismo, matizándola de cierto lirismo e impulso hacia el ideal.

Más satisfechos los cuerpos que en otras épocas, con los estómagos llenos, la gente empieza a desentenderse de lo más inmediato y prenda el optimismo caldeado por Alvarez Guerra, un-



ANTONIO CASTELLANOS
"EL MAESTRIN"

El hombre que rompió más lanzas contra el molino gigantesco de la acidia alcazareña por propio sentimiento incontentible, pues no solo fue el impulsor de diversas publicaciones periódicas, sino que cualquier leve suceso local o con la localidad relacionado, le obligaba a lanzar a la calle una hoja impresa, viva, animada del soplo misterioso del entusiasmo, siempre renovado y que él veía volar esperanzado, como se ven volar las ilusiones, cual coloreadas mariposas. No podía remediarlo ni podía disimular el escozor que dejan siempre los rozamientos pueblerinos, estimulantes de las pasiones, que le hicieron apartarse de su sitio e impidieron que rindiera el buen fruto de sus condiciones y que se le reconocieran los méritos que es de justicia proclamar.

Dentro de su actuación dispersa, hay tres motivos esenciales, cuya actualidad no se ha extinguido todavía: el aprovechamiento de las aguas de Ruidera, el Pósito Pio Quintaner, que rescató para los agricultores alcazareños y la cuna de Cervantes, en cuya defensa luchó desahoradamente, como un gigante, al lado de D. Juan Álvarez Guerra.

Antonio tenía buena voz de tenor y estuvo pensionado por la Diputación para estudiar canto en el Conservatorio, cantando luego en algunas fiestas, aunque pocas veces. Su «hechura» era de cantante, como se apreciará en la fotografía.

ciéndose la broma en los más maduros y el entusiasmo en la juventud. El olor de los periódicos llegaba a saturar el ambiente. Las mujeres los aplicaban como adorno en los vasares y otras necesidades caseras. Se decía que solo contaban mentiras, pero cada día eran más los incondicionales del chismorreillo gaceteril y empezó a correr la tinta por el pueblo: se abrieron dos imprentas, nada menos, y el tiempo demostró que no era un exceso. Los padres se hacían lenguas del saber de los chicos y estos se sintieron impulsados a exteriorizar su sentir. Surge «La Hoja Parlante» bajo la tutela de Enrique Puebla y en ella hace sus primeras armas Emilio Paniagua, que no arrió en toda su vida la bandera del optimismo candoroso. Cuando salía la «Hoja» se decían los hom-

bres: «¿Has leído lo del chico de Quinica? ¡Qué bien está!».

Algo escribió por entonces, Ricardo Lizcano.

Emilio fué la personificación del espíritu ilusionado y generoso de aquel momento, recogido en las obras de Galdós, cantor y estimulante de todos los rasgos nobles posibles a su alrededor. Al redoble de su tambor se movieron todas las charangas alcazareñas y al calor de sus lecturas o recitaciones en las esquinas de la Plaza o del Cristo, se formaron Agrupaciones artísticas y

ALAMINOS

Las tendencias convencionalistas de la vida alcazareña, cada vez más acusadas por su relieve propio y por la desaparición progresiva de las generaciones precedentes, hallaron, dentro de la imprenta, la expresión más adecuada en el espíritu acomodaticio de Benigno Alaminos, hombre bondadoso y servicial, atento exclusivamente a su trabajo, en contraste con Puebla y Castellanos, cuya sensibilidad no permitía la indiferencia ante los problemas generales, con notorio desagrado de la opinión, que, reconociendo sus males, no quería oír hablar de ellos y tomaba ojeriza a quienes se los recordaban. Este contraste es de lo más sobresaliente y característico de la vida de entonces; nadie quiere darse malos ratos, ni acepta que le pongan mal cuerpo ni alteren su digestión. La conformidad era el símbolo del momento y quienes la encarnaban más o menos, fueron de hecho la personificación auténtica de la vida local.

Benigno fué uno de aquellas concreciones del sentir general y tuvo la recompensa natural en apoyo y simpatía. Helo en la imprenta con su gente, ya afecto de la enfermedad, (tumor laríngeo), que puso fin a su vida tempranamente.



redacciones de periódicos, pues en 50 años no faltó nunca al grupo de jóvenes que anhela decir cosas a su novia, desde las hojas de un periódico o desde el tablado del escenario.

Esfuerzo notable en aquel tiempo tranquilo y amable, fué el realizado por los impresores Pepe y Antonio Castellanos, para dotar a Alcázar de una publicación como «La Ilustración Manchega» que no desmerecería en la actualidad.

Alcázar quería tener de todo lo que hubiera en Madrid.

Se caldea el ambiente y Alcázar da a las artes nobles y bellas el nombre de Antonio Murat en la pintura, organizador de la cabalgata del centenario del Quijote.

Miguel Correas, escultor y tallista.

El cura Pareja, cantor.

Joaquina Andújar y Manuel Manzaneque, guitarristas.

«El Cantero» y «Zampatorras», músicos.

Alarcos, tornero.

Ignacio Santos, actor.

«Frasco», tirador.

Anacleto, caballista.

Juan Leal, paladín de la cuaja de Cervantes.

Y una espléndida baraja de hombres y mujeres representativos: La Pantoja, «La Escobara», La Dositea, «La Relojera», «La Cantera», la Clotilde, Ulpiano, el Cura Tello, D. Magdaleno, «El Pámpano», «Cagaica», todos los Arrieros, D. Joaquín, «Chichín», Cuartero, «Estrella», «Brocha», «Tizonas», Cristóbal, Primitivo, D. Leopoldo y muchos otros que son cual más, cual menos, los brotes locales con que Alcázar responde a los estímulos de la vida general de España que se resume en la de Madrid.

En esta síntesis, hecha a grandes rasgos, no podían considerarse muchos detalles reveladores de la evolución de la vida alcazareña que serán motivo de otro trabajo titulado «Historia e historias».

Acuerdo general

ERA frecuente que en Alcázar se presentara alguien en cualquier parte «echando chispas». Los demás siempre lo recibían tranquilamente diciendo: «Ná, total, ná es eso».

Otras veces se iniciaba algo con el mayor calor y se atizaba la lumbre de verdad, pero, a los dos días, no quedaba ni rastro.

Ulpiano, cargado de razón, lo hacía observar en el panete: «Es que aquí, somos así, no le deis vueltas, nos entra muy fuerte, pero nos cansamos al contao». Calero, Paniagua, D. Magdaleno, Regino y otros entendidos, mostraban su conformidad: «Flores dice la verdad; para qué queremos cansarnos; echa un trago, Cosme, y cada mochuelo a su olivo».

Parecía que Ulpiano había hecho de su vida un garabato grotesco del que poder reirse burlescamente, pero, ¿no había nada más que eso en aquel no querer hacer nada, de todo el mundo?

Una de tantas

«CHICHIN» fué al surra con unos alpargates nuevos. Anochecido salió a orinar y se encontró que estaba lloviendo. Entró quejándose de dolor de barriga. Los amigos se alarmaron y quisieron avisar a su mujer. El se opuso, aduciendo que se podía asustar. Después de algunas vueltas, propuso que lo llevaran sentado en una silla.

Al llegar a su puerta, se entró, riendo y echó el cerrojo, dejando a los amigos, mojándose, en la acera.

Estos, al ver el chasco, exteriorizaron violentamente su sentir y Francisco se asomó al ventanillo, muy extrañado, diciendo: «¡No os dá lástima, queriais que me viniera andando para que se me estropearan los alpargates, que me habían costado 22 petrillas, por la mañana!».

Realidades fantásticas

EN las calles silenciosas de mi infancia, a prima noche, durante el verano, se imponía en los corros salteados y poco numerosos de vecinas, el repaso fantástico de los sucedidos antiguos, entre históricos y legendarios, que a los chicos se nos antojaban cuentos de miedo. A ello contribuía la voz baja y el tono misterioso de las relatoras, en la serenidad augusta de la noche estival, apenas alterada con el chirrido de alguna puerta que se cerraba o el pequeño estrépito de los gatos enamorados que ponían los pelos de punta con su inesperado mayar.

Del tren se contaban—¿cómo no, en Alcázar?—diversas peripectas, ocurridas en nuestros campos, y hace poco, rebuscando en un archivo datos para esta obra, encontré la referencia sucinta de uno de estos sucesos que la mente infantil recogió como quimera de nuestros abuelos y que los mayores referían como cuento, sin creer nadie, de verdad, que aquello pudiera haber ocurrido jamás, pero... como decían los tíos que venían a la Plaza con los cartelones y el cajón de las coplas: en la muy oscura y lluviosa noche del 15 de febrero de 1880, avanzaba por la vía conduciendo viajeros y ocho mil duros de la Empresa, el tren correo de Andalucía n.º 21. En él venía el célebre General Serrano—Duque de la Torre—y en el furgón cinco guardias y un Teniente.

El tren iba despacio, porque el maquinista no tenía confianza en la locomotora y al ver una señal de alto no pudo detenerlo y descarriló, porque antes de que llegara al kilómetro 163, y a las doce y media de la noche, cuatro hombres con la cara tiznada entraron en la casa del guarda-agujas de Mazañón y le obligaron a que les ayudara a levantar cuatro ralles e hiciera las señales de peligro, para que el tren se detuviera. Otros doce o catorce malhechores se apostaron a los lados de la vía.

Asustados los viajeros y apercibido el General Serrano, salió de su reservado y alentó al

Teniente y a los guardias para resistir el asalto y se trabó una lucha espantosa cuerpo a cuerpo, pues algunos bandidos iban armados de gruesos garrotos. La confusión fué horrible. Un guardia cayó herido, de un garrotazo en la cabeza, y un pasajero sufrió otra herida, por haberle caído una maleta al descarrilar el tren.

Seis horas pasaron los pasajeros entre la oscuridad y la lluvia. A las seis y media llegó el tren a Alcázar. Se hizo el transbordo y a la una llegaron los viajeros a Madrid, donde desde temprano era largamente comentado el suceso, motivo de singular zozobra para los que esperaban a sus familiares, por la falta de noticias, y muchas personas que pensaban ir a Andalucía suspendieron su viaje.

Después se dijo que por la provincia de Toledo vagaba de ordinario una partida de malhechores y que por haber estado de cacería muchos aficionados y el General Quesada con el Gobernador, guardias y escopeteros se corrieron los bandidos a Ciudad Real. Por los proyectiles hallados y por el sitio donde cayeron, se pensó que eran de los disparos que sufrió el tren. A los cuatro días, los guardias de Herencia capturaron al bandido «Gorrinero», segundo jefe de la partida que asaltó el tren correo de Andalucía. El mismo día fueron apresados tres bandidos más y recuperada la tercerola extraviada en la lucha y recogidos un trabuco y un revólver de los malhechores. Por la noche apresaron a cuatro más y en Alcázar tres individuos y una mujer, convictos del atentado al tren de Andalucía.

Las gentes veían tesoros incalculables en estas correrías y sacaban a relucir personas de cuya intervención se maliciaba, porque encamaron su casa o echaron portada para el carro. ¿De dónde iba a salir, si no? ¡Sepa Dios lo que sería aquello!

Otro suceso que sonaba mucho, era la avenida de Consuegra, espantosa desgracia de la que estuvo pendiente España y el Mundo durante un mes, pero los cuentecillos se circunscribían a la malicia.

Llovió tanto la noche del 10 de septiembre de 1891 y los días once y doce, que la vía férrea quedó coitada por diferentes puntos, paralizándose el servicio casi totalmente, pero Consuegra fué arrasada por las aguas, que inundaron Camuñas y Villafranca con una altura de dos metros.

El número de víctimas en Consuegra, se calculó en mil quinientas y en seiscientas las casas hundidas. El Alcalde, Luis Cantador, supo atraer la piedad de todo el mundo.

A la Vega de Herencia, arrastrados por las aguas del Amarguillo, llegaron 13 cadáveres que se enterraron en Alcázar, sin identificar; algunos animales muertos y enseres de casa.

La gente hablaba de arillos arrancados, de despojo de ropas, de visiones sin cuento, a lo que tan propicia es la fantasía pueblerina.

Pocas veces dejaba de salir a relucir la facción y la muerte de los carruajeros en rehenes, después de recibido el importe del rescate, con el caso extraordinario de salvación de Miguel y Medio. Ejecutados en fila, le cayó a Miguel sobre la frente la masa encefálica de otro. Cuando iban comprobando los muertos, a él no le tocaron, por tener los sesos al aire y cuando se fueron, pudo escaparse y venir al pueblo e informar de lo ocurrido.

Los sucesos sangrientos, tan raros en Alcázar y casi siempre ocasionados por forasteros, eran difíciles de olvidar.

Se recordaba el coraje del Coronel Alvarez Guerra, casado con la dueña de la casa que luego fué de Pantoja, en el número cuatro de la Plaza, llamada D.^a Prudencia Jiménez Pedrero.

Desafió a otro Coronel retirado, D. Juan Alvarez de Lara y se concertó el duelo para las siete de la mañana, pero D. Juan no acudió y en vista de ello D. Andrés Alvarez Guerra y Peña se dirigió a la casa de su adversario, llamó repetidamente y como no le abrían se disparó un tiro, quedando muerto en la puerta.

Con las invenciones de sucesos terro-ríficos se iba poniendo el ánimo propicio a la alucinación y rara vez acababan las veladas sin aludir a alguna visión presente

—¡Parece aquélla una fantasma! Aunque es presto; siempre salen a última hora.

Esta consideración no impedía que cundiera la zozobra y se entrara cada uno en su casa, más o menos asustado de las sombras imaginarias. Pero siempre había algún sonsonete efectivo del que se hablaba extremando el bisbiseo de la voz, si había «ropa tendida», (presencia de chicos) aunque al fin se acabase pregonando, incluso con escándalo, como la famosa paliza aquella a que ayudía el cantar.

«Cuando quieras, Quintanilla,
te vas a las callejuelas,
que allí te estará esperando
el de las Taranconeras».

Los momentos

ENTRE los instantes en que el genio alcazareño alloraba incontenible y franco a la superficie, figuraban estos dos muy típicos y que marcaban la cumbre de su manifestación.

En la cuadrilla del truco, vocinglera, celosa de la jugada limpia que vigilaba hasta la minucia y reprendía ruidosamente, anhelosa de la ganancia, el hombre, enardecido por su juego, que creía dominante, aceptaba el envite y cuando se iba cantando en tono menor, al oír el truco, él, con gran violencia, **retrucaba** y daba un fuerte golpe sobre la manta al que seguía la discusión general de la jugada.

Era el instante supremo de la «mano», como la ola que se rompe contra la roca, iniciando el declinar del coraje lugareño.

El momento de la mujer era cuando se sentía agravada y con fuerza para dominar. Sudorosa, solocada, con los ojos echando chispas, soltaba una **lecho** precedida de un **vaya**, claro, rotundo y a continuación un «que me da o no me da la **real gana**», según los casos.

Esta gana máxima, real, indomable, majestuosa, como el vuelo del águila, no admitía modificaciones ni atenuantes, era soberana y eterna.

El «retruque» y la «real gana» marcaban los dos momentos cumbres del rigor agresivo-defensivo del carácter alcazareño al que, según apreciación general, se le iba todo el aire por la boca

Trastienda del Paseo

AUNQUE Alcázar estaba lo suficientemente lejos de la Corte para no resultar un arrabai suyo, el Paseo fué creación ferroviaria y tuvo desde el principio un cierto aspecto de barrio chino en pequeño, zona de fricción o choque entre la vida lugareña y el tráfico de la Estación, que vertía y recogía a cada momento oleadas de elementos extraños.

Del lado del pueblo, se destacaron hacia arriba algunas personas que encarnaban la socarronería nativa, como Alejandro «El Siro», Gabriel Mata, Pedro Advíncula, la Benigna de Crispín, la Gabina del Civil, Juan «Marica», Facó Rincón y otros más o menos inclinados al trueque y al menudeo, cuyas vidas fueron modelo de austeridad y economía, por no decir miseria, llevada con el mayor regocijo y broma permanente de unos con otros y que fueron los que forjaron el Paseo y le dieron carácter.

La mujer de Domingo, representó en el Paseo el espíritu femenino en su aspecto casero de lo más agarrado que se haya visto. Por eso hizo las cuatro casas llamadas de la Benigna.

Usaba calcetas en lugar de medias, para que no se rompieran de los pies, aprovechadas hasta el punto de llevar una de cada color y los refajos ribeteados a trozos, con cintas diferentes. Nada de esto era visible, porque lo cubrían de sobre las sayas con que iba barriendo el Paseo, pero se sabía y cuando llegaba a casa de la Isidra, los desocupados que estaban al sol, mandaban a la chica que le alzara las faldas para verle los remiendos. Tostaba los huesos de las chuletas y los echaba al puchero del café, para darle color al agua. A los migueletes les compraba una perrilla de acelgas y si no se la querían dar, insistía pidiendo los troncos que nadie aceptaría.

Cuando Gabriel iba a por dos reales de escabeche a casa de la «Sisa», le decía que apartara las raspas, para cuando fuera la Benigna a hacer un barato y, en efecto, ésta se llevaba lo menudo y la lata para escurrirla, devolviéndola después.

«El Siro» vendía en su tabernilla pájaros fritos a cuatro perrillas y se comía las cabezas. Al comprador que reclamada, le decía que se le habrían caído al freírlos. No quería remolones en la tienda y si alguno se hacía el sosca le decía: «que saco el código». El código de Alejandro, citado a cada paso, era un garrote fenomenal que tenía detrás de la cortina.

En todas las tabernas había un jarro donde escurrían los vasos después de beber los parroquianos. A este vino le llamaban «cortinas», con las que los buenos aficionados se cubrían a poca costa. «Cayuela» limpiaba el jarro del «Siro» y «a escupir a la calle». Otros muchos, de los que liquidaban el día diez, (día de paga tradicional en la Estación), vaciaban a diario la olla de Pedro Advíncula. Pedro y la Sebastiana no tenían hijos, tenían cuartejos y un pica pica permanente, celosos el uno del otro.

—¿Cómo has tardado tanto? ¿Dónde andas?

—He ido a que me corte unos pantalones Miguel y he tenido que esperar porque no tenía tiza.

Miguel extendía la pana en el suelo. Pedro se echaba encima y el maestro señalaba con el yeso su contorno en la pana, mientras Pedro le advertía modosamente: «Córtamelos anchos, hombre, que luego regaña la Sebastiana».

—Espérate, hombre y abre las piernas, que te voy a pinchar con las tijeras.

—Pero ¿te vas otra vez?

—Sí, mujer, es que voy con Gabriel, que le van a cortar otros pantalones.

A Gabriel le vestía Isidro, que tenía «numeración» (cinta métrica) y no tendía al parroquiano en el suelo, pero con la numeración en el cuello y la tela en el brazo, se iba el día sin sentir, recorriendo sotanillos.

Juan «Marica» pasaba por las mañanas con las manos en los bolsillos y le decían:

—Juan, ¿qué vas a almorzar hoy?

—Una peseta de lengua para las averiguadoras.

Después llamaba a las torteras y hacía un ajuste de las atrasadas y duras, guardándolas para varios días. Al pagarlas estaba tres horas para sacar el dinero de los pantalones y José Ma-

ría Gómez decía que lo iba a cachear, por saber dónde llevaba metidos los dineros.

Dentro de los antagonismos de vecindad, que corroboran el dicho vulgar de ser la peor cuña la de la misma madera, se asesoraban unos a otros.

En una ocasión le salió un novio forastero a la Clementa la «Sira», que era tan buena y tan trabajadora como la Isidra, pero más fea, si

cabe. Ella, tan hueca, le pidió parecer a Juan «Marica». Juan puso su manaza extendida en el pecho sobre la blusa y con su estilo relamido le marcó el camino.

—Estaría bien que guardando tanto tiempo tu virginidad, fueras a entregársela ahora a un pelele de estos que vienen a por tus pesetas, después de estar hecha una negra trabajando siempre.

Y la Clementa, murió virgen.

Rasgos ancestrales

LA gente de aquí ha sido siempre muy amante de sí misma y de lo nativo, así como inclinada a las soluciones sencillas, casi a la buena de Dios, guiada por un fino instinto de la conveniencia y de sus posibilidades. Un buen arreglo ha sido en cualquier época lo deseado por todos.

—«Eso, vas a Narciso o vas a Nicomedes, y te lo arregla «escapao» sin costarte un céntimo», se decía, o «llama a Caravaca, a ver qué le parece eso...».

El apego al iletrado de buena ley, ha sido siempre decidido, por eso han sobresalido los procuradores y aun los picapleitos en la estimación de las gentes, los practicantes, los sacristanes, los mancebos de botica, los morilleros y dependientes avanzados de cualquier negocio. «Medicina», despachando peletas, hilo para las cometas y castañas pilongas, siguió siendo consultado toda la vida, como cuando estaba de chico en la botica.

Cualquier persona del pueblo, ha merecido siempre un apoyo franco, indulgente con sus limitaciones, que se han considerado naturales. Pero Alcázar no es un pueblo de esforzados y se cansa, se cansa de todo, hasta de lo que no hace o anhela sin acometer y hay que saberlo comprender; le gustan los arreglos, las soluciones transitorias, provisionales, que no exigen apenas sacrificio, porque para lo definitivo tiempo habrá, nos podemos morir antes y entonces el que viva mandará. Nada de complicaciones y cuando hay necesidad de expresarse para sacar una pieza de nuestro rosario, auténticamente representativa, se hace un esfuerzo expulsivo y sale «Estrella» con la garrota. Cuando sale un ejemplar de raza marca una época, por eso la de «Estrella» se conoce con la expresión corriente: «los tiempos de «Estrella» y todo aquello» que se oye en las conversaciones. La más legítima representación que ha tenido Alcázar, carne de nuestra carne, y sangre de nuestras venas, que vivía al aire libre, en la calle, de día y de noche, entre todo el mundo y hasta comía en medio del patio de su casa, con la puerta abierta y la sartén en el suelo, invitando, solícito, a mojar una sopa al primero que llegaba, supremo medio conciliatorio en todo el globo terráqueo. Supremo, pero no siempre realizable cortesmente, y para los reparosos tenía Alcázar un medio indeclinable, el jarro de media azumbre o la botella de la bola que había en el corro de la sartén. El jarro con tapón de corcho pasado con un cordel y sujeto al asa y un agujero en el gollote, tapado con un palote, indicador del límite de su capacidad.

Bebiendo y hablando surgía el acuerdo conveniente, remachado con las normas inveteradas del buen gobierno adoptadas por Alcázar para enfrentarse con el mundo; lo mejor es no meterse en nada y el que la ha **pelao** que la «escañone». ¿Es mentira? Y aquí la interjección típica, la palabra leche, tan usada como muletilla, que al que no la empleaba no se le consideraba alcazareño. Los finos, como «Estrella», la intercalaban entre cada dos palabras, por los menos.

Tal era la inclinación a desentenderse de todo, que se caía en incorrecciones frecuentes, aparentando distracción o inadvertencia para eludir encuentros o atenciones que pudieran alterar mínimamente la marcha del momento. Cada uno por su lado, y quitándose el sol, miel sobre hojuelas, porque de noche todos los gatos son pardos, así, que, apaga y vámonos.



Los húngaros

MISTERIOSAMENTE, sin que notara nadie su llegada, aparecían «los húngaros» en las calles de Alcázar, alterando su sosiego habitual con el anuncio de su industria o de su espectáculo, pues unas veces eran caldereros y sarteneros y otras danzantes exhibidores de animales amaestrados.

Con el mayor sigilo, llegaban a la entrada del pueblo, clavaban el telón en la primera tapia y la bigornia en el suelo y se lanzaban a la busca.

Las instalaciones estaban siempre a la salida del arco de la Plaza, verdadera y única entrada de Alcázar en todos los tiempos, pues aunque como plaza abierta tenga acceso libre por cualquier parte, lo cierto es que el camino de Herencia fué siempre, por su enlace con las grandes comunicaciones nacionales, el que sirvió para ir y venir todo el mundo y a su término se instalaron los telones de los ambulantes, que no podían hacer posada dentro del lugar o necesi-

taban el campo abierto para su evasión cuando lo exigían sus hazañas.

Llamaba la atención en los húngaros, su traza harapienta, desmelenados; su habla, que nos parecía aullidos o gruñidos, como los del oso enseñado, al que hacían bailar con sus marías, al son del pandero, auxiliados por el gatrote y los zoquetes de pan seco.

Otras veces, en lugar del oso, llevaban un mico agarrado de la cadena, animal escuálido, con pelos de hambre, enredador y sumamente diestro para arrebatarse a los chicos lo que llevarán de comida.

Las húngaras, llevaban para vender, carrizos con molinillos de papel de colores, pero su especialidad era pedir al final de la danza y echar la garduña mientras la concurrencia se embobaba viendo al oso bailar.

¡Vida mísera, errabunda la de los húngaros, cubiertos de harapos, tirando de animales hambrientos por entre los basureros de los Sitios, amenazados con los ladridos de todos los perros vagabundos!



Señal de fiesta

JUAN Pablo fué un simplón atolondrado, de la Cruz Verde, picador de las canteras de yeso, infeliz y bueno, que por su aspecto feroz, era invocado por las madres para asustar a los chicos. Moreno, cerrado de barba, velludo, vista trovada, andaba cabeceando, delantero como los carros mal cargados, con los brazos arqueados y algo patituerto, parecía un gorila que se iba a lanzar contra al quien; los chicos se metían con él, y él los acometía e insultaba, incluso cuando iba vestido de nazareno, cosa que hacía puntualmente.

En la procesión de Jesús, llevaba siempre la bandeja y cuando no le echaban limosna, se enfadaba y alguna vez fué todo rodando, en la época de Fray Andrés, que también tenía el ge-

nio irritable y manejaba la correa con desenvoltura.

Nunca dejó de trabajar. A última hora fué guarda de la Glorieta del Santo, de donde salió por excederse en el cumplimiento de las órdenes recibidas, pero no se arredró, se puso a vender churros, con tanto éxito, que amplió el negocio con la venta de tortas, hasta que le dió un aire y se incapacitó.

Con ocasión de verse la casa un poco estrecha, la madre, sin saber qué darle de cenar, hizo una cazuela de chocolate y ordenó que mojaran todos y se acostaran. Juan Pablo, chupándose los dedos, preguntó:

—¿Es que tenemos otro niño?

—¿Por qué lo dices?

—Como no nos dan chocolate, más que cuando hay bateo ...

Los pobres de los sábados

LOS pobres de pedir los sábados en Alcázar, no eran mendigos, sino personas ennoblecidas por el trabajo y los afanes de toda la vida, que si bien no les había proporcionado lo necesario para los últimos días, les había dejado en cambio un hábito de honestidad que aureoleaba su vejez.

Estos pobres, no tenían que exhibir ninguna clase de lacras, su deseo era precisamente el contrario, el de ocultarlas, hasta el punto de que se aseaban y ponían curiosos para salir a por la limosna, detalle que era apreciado por el pueblo que exteriorizaba su simpatía y su unanimidad hacia los más cuidadosos, citándolos en las casas con encomio; «hay que ver la hermana «Sorda», decía la Gumersinda la «Calderera», qué relimpia viene siempre, hasta los alpargates trae cosidos»; y le daba otra perrilla y una chambrá.

El vecindario atendió suficientemente esta necesidad, según las circunstancias de cada momento y no se recuerdan desgracias sobrevenidas por incumplimiento de este deber colectivo. Todos los impedidos, bien por la edad o defectos físicos, volvían los sábados a su casa con lo necesario para la semana, sin perjuicio de volver a salir los jueves a las casas más adictas

para cada cual. El recuerdo de los pobres estaba y está presente siempre en las decisiones de muchos alcazareños, signo de confraternidad de que no en todas partes pueden vanagloriarse y que no se mantenía en meras apariencias, sino que establecía delicados lazos afectivos en virtud de los cuales se echaba de menos a las personas que se tenía costumbre de atender y se inquiría su suerte, preguntando a otros si se ignoraba su domicilio: ¿Le ha pasado algo a la hermana Biosa, que no vino la otra semana?

Echarse oír al sábado, se hacía al final de la vida y no siempre por necesidad absoluta, sino por hacer algo y para ayudar a los hijos, si bien la preferencia de todos era a vivir solos.

En los grupos que formaban en las puertas, se gruñía y se criticaba, sacándose a relucir las faltas, poniendo en su punto la verdadera necesidad, con general alarde de la pordiosería, que era común en Alcázar, y no exclusiva de los pobres de los sábados; la quejumbrosería que era uno de nuestros hábitos internos más arraigados, debajo del vestido bien zurcido y limpio; la costumbre de llorar, impuesta por la vida dura a través de las edades en la tierra áspera que nos sirvió de cuna.

Sea superstición, pero... ¡a ver quién se atreve!

CEFERINO y Juan José Tapia, separaron sus negocios.

Celerino anunció un premio para el primer comprador, pero como la tienda tenía dos puertas, por una, entró una mujer—la «Capacha», hermana del que hacía lápidas—y por la otra, el «Cojo de la Carne», pues vivía cerca; su cuarto estaba en la casa de la «Botona», donde hizo después la suya Gaspar Santos y hoy vive Esteban Vela.

La «Capacha» compró lienzo moreno para un zurrón de los de espigar, pues era su tiempo. Le dieron de regalo medio metro de rector, diez pesetas y un pañuelo de seda.

Pedro se compró un sombrero y se quedó sin regalo, porque Celerino, muy calmadamente, pensó que no le convenía empezar el negocio con tan mala pata. Falta de vista, porque Pedro, es cojo, pero mala pata no la ha tenido nunca.



Celerino se dejaba caer y en una ocasión expresó su extrañeza porque los Gobiernos no tomaron alguna medida contra eso de los volcanes...

Cuando no había ningún tenderete por las calles y el comer, yendo por ellas, se consideraba feo, se empezó a poner algún puesto en la plaza, con galguerías para los chicos, los domingos por la tarde.

Uno era el de la «Sorda» de las agallas, en la puerta del Juzgado de Paz—¡qué hermoso nombre tenía aquel Juzgado!—frente a «Cobete» y el «Corneta».

Las agallas eran bolillitas de masa de pan, tostadas, como cagarrutas de oveja, bañadas de miel, y puestas sobre un trozo de papel verde o encarnado, en número de cinco o seis, que costaban una perrilla.

La «Sorda» era muy vieja y permanecía sentada en una silla baja junto a la mesa, de la misma altura que la silla y de una vara de larga, llena de papeles sujetos con cantos. Siempre estaba callada y con el mosquitero en la mano. El mosquitero consistía en una moña formada con tiras de papel y atada a una caña. Su uso era indispensable, porque las moscas se ponían muy pesadas alrededor de lo «duz».

El otro y más notable puesto, era el de la María Manuela, con mesa más alta y grande, de

lo menos vara y media de larga y con mejor surtido. Además de las agallas, tenía chupones, anisejos, cajillas del ratón y el gato, duros de plattilla, caballejos y muñequillas de cartón, pandoretas de dulce y pan de higos.

Era una mujerona, de buen trato, con ojos

un poco tiernos y el pelo hecho rodete. Permanecía sentada detrás de la mesa en la acera de su casa, junto al estanco, con el mosquitero en la mano y entretenida con alguna vecina, pues aquella mesa tuvo siempre una especial atracción para todo el mundo, y la María Manuela condiciones comerciales que es lástima no desarrollara ampliamente.

En el invierno ponía una caldereta de tostar castañas en la puerta de su cuarto de la esquina de las «Cristas», la Luisa la «Peina», alta, seca, atildada y de buenas despachaderas. Juan «Manica», que también hacía lo mismo en su puerta del Cristo y también tenía carbón, decía que como sus castañas no había otras, pero la Luisa se reía, porque ella tenía lo que pudiera tener Juan y además sus pelendengues, que tal vez fuera lo que le inducía a Juan a hablar de sus castañas por lo bajinis.



Cuartero había comprado un gorrino para pagarlo al año.

Al cumplimiento, se presentó el vendedor con la obligación. Cuartero lo recibió con su afabilidad característica y llamó a la mujer, diciéndole que se sacara los cuartos.

El vendedor dió un suspiro hondo, diciendo:

Como era difícil prescindir de las matanzas, otro año estaba Cuartero en la Plaza hablando de comprar un gorrino. Yo lo meto y dé a «onde» dé; decía.

El matrimonio Petronilo Castellanos, tenían dos hijas y se le murió la mayor, de cinco años. La madre, con la pequeña en el halda, al manifestar su pena,

—¡Ay, qué peso me quita Vd. de encimal.

Cuartero, sorprendido, preguntó la causa.

—Porque todo el mundo me decía que no me pagaría Vd.—dijo el gorrinero—y Cuartero volvió a ordenar a la mujer, calmosamente:

—¡Chica: No te saques los cuartos, que no vamos a ir contra lo que dice todo el mundo!



El zagallito del gorrinero le hizo saber a su padre lo que había oído y cuando insistió en el precio de los gorrinos, el dueño se lo dijo, y agregó:—«Pero que en mí, no va a dar, hermano».

Sobresalto

se le ocurrió decir: «si al menos hubiera sido esta, que es mas pequeña». La miró y estaba también muerta.

A la madre la tuvieron que llevar al nuncio, donde falleció.

Sillas nuestras



Esta fotografía es la peor que se ha publicado, pero no hay otra y es él—José «Rufao»—sorprendido por el objetivo de un nietecillo, cuando leía el papel, sentado en su silla, a los 80 años, al abrigo de la puerta del corral.

DE todos los trastos de la casa, acaso fueran las sillas lo más entrañablemente nuestro. Para el ama era de más extensión ese sentimiento de propiedad, porque el gobierno exigía estar en todo; cuidarlo y manejarlo por igual, pero, el resto de la familia, tenía más contacto con la silla que con los otros muebles.

El uso y las costumbres familiares dejaban su huella en cada silla y le daban cualidades especiales y desgastes típicos, propios, que permitían a cada uno encontrarse más a gusto en su silla que en ninguna otra y que entre todas se las distinguiera con el nombre del usuario habitual: la silla de la abuela, la silla de Juanillo, la silla de la Andrea. Esta distinción se hacía más patente al juntar las de varias casas con motivo de algún duelo en la vecindad. Terminado el acto, se hacía la distribución en un periquete, sin confundirse nunca.

Dentro de la casa de uno, las sillas estaban clasificadas por habitaciones y por necesidades. Las sillas de la sala, las de la alcoba, las de la cocina.

Estas sillas se usaban poco, solo para estar en visita de cumplido; no se encontraba comodidad en ellas. Las del trájín y las de los tantarantanes eran las de coser, la de dar teta, las de comer y de salirse al fresco. Estas sillas tenían una movilidad extraordinaria, se las encontraba en cualquier rincón de la casa, muchas veces caídas o puestas de cualquier modo, pero siempre vivas, activas, siguiendo el aire de la vida en la casa y demostrando en sus señales y en su desgaste la participación que tomaban en todo, hasta en las ideas y en los pensamientos de sus poseedores.

Mi padre tenía una silla de las que se dice *torciá*, ni grande ni chica, ni alta ni baja, de la que no se desprendía ni para echarle asiento, que lo tuvo de anea y se lo cambió por otro de tomiza de esparto machacado, que hizo él mismo. Aunque lá tengo resguardada, no deja de rodar y de obligarme a pensar cada vez que la veo. Parece sedimento de su espíritu, como un pedazo desgarrado de su alma, que lo va buscando por los lugares preferidos, puntos de reunión o confidencias, rincones de meditación: el sol de la esquina, la sombra del árbol, el aire del porche, momentos cambiantes del día que matizan las ideas, estimulan la fantasía y echan a volar vagos anhelos y aspiraciones de imposible realización, que quedan adheridos a nuestra silla como una sombra rezagada que mantiene vivos nuestros movimientos a lo largo de la jornada, después de muchos años.

DUELOS Y QUEBRANTOS

El tío «Cobete» fué un marido modelo e hizo por su mujer todo género de sacrificios.

En el duelo de su esposa se comentó su comportamiento y él mismo hizo reiteradas manifestaciones de conformidad con su propia conducta, pero lo inevitable es lo inevitable y al retirarse juntos todos sus amigos, les preguntó dónde iban.

—«¿Dónde quieres que vayamos, al panetel?».

—«¿Qué vamos a hacer; esperaros, que me voy con vosotros!»; contestó con resignación el viudo.

Ajuar de novia

De una boda celebrada en Alcázar, el 21 de Octubre de 1880, a las 10 de la mañana, en Santa María, oficiando el Presbítero D. José María Aliaga del Romo, hay la siguiente relación de enseres llevados por la novia.

Núm.	Descripción	Reales
1	Una saya de estameña tasta en	100
2	Otra de color de lino en	100
3	Otra de sombra de pozo en	100
4	Otra encarnada y negra en	100
5	Una basquiña de franela en	90
6	Un estajo estampado en	90
7	Un vestido de poplin en	90
8	Otro de lanilla en	60
9	Un jubón de francia en	30
10	Otro de merino negro en 40 y otro de estameña en 20 .	60
11	Otro de valean en	16
12	Una saya de indiana clara en	20
13	Otra id. en 20 y otra de espiguilla en 20	40
14	Otra de color de tabaco en	20
15	Un pañuelo de seda grande color habana en	80
16	Otro merino negro con el fleco de seda en	80
17	Otro alfombrado en	100
18	Otro merino del cuello en 30 y otro de estambre en 36 .	66
19	Otro de ceniza en 30 y otro lo mismo en 18	48
20	Otro del cuello de listas moradas en	26
21	Tres mandiles de indiana en	18
22	Otro de lanilla negro en	10
23	Otro morado en	8
24	Un manto de seda 50 y una mantellina de moré 60 .	110
25	Un pañuelo de color de rosa en	12
26	Un pañuelo de lanilla de la cabeza en	6
27	Otro de chapa 5 y otro de color barquillo 3	8
28	Cinco camisas 50 y Cinco chambras 40	90
29	Tres pares de medias en	12
30	Un pañuelo de seda dorado en	24
31	Otro de ceneta azul de seda en	24
32	Otro blanco de seda 16 y otro de seda de Toledo 12 .	28
33	Pañuelos de bolsillo 8 y dos abanicos 8	16
34	Un rosario 18 y de Zapatos 50	68
35	Una cama de hierro en	400
36	Un jergón en	72
37	Un colchón en	200
38	Dos mantas iguales de paño en	200
39	Un paño de cama en	200
40	Una sábana con guarnición en	45
41	Un paño de cabecera con encaje en	30
42	Dos sábanas 40 y la sobrecolcha 100 en	140
43	Tres almohadones blancos en	42
44	Dos id. con la lana en	40
45	Ocho sillas a 14 y medio reales en	116
46	Seis santos a once reales en	66
47	Un espejo en	50
48	Una mesa con hule en	60
49	En cortinas y barretas	42
50	En peludos y una cortinilla	21
51	Un baúl en	60
52	Una banca de pino nueva en	80
53	El colchón, almohadas y cubierta en	70
54	Siete sillas a once y medio reales en	50
55	Una mesa con su tapete en	20
56	Una jarrera y una almiracera en	16
57	Unas cortinas con su barreta en	11
58	Una almirez en	20
59	En tenazas, badil, trancos y dos cucharones	40
60	En vedriado, cristal y tinaja del agua con su tapadera en	84
61	Dos sartenes, un cazo y un candil en	20
62	Una cesta, un cestillo y una limpiadera en	14
63	Un cesto, unas tijeras y media docena de cucharas en	12
64	Una aceitera y unos fuelles en	14
TOTAL		4015

La cocina buena de mi madre, en la calle Ancha, está ocupada con trastos y solo tiene, que recuerden la vida de mi infancia, las

pre veo la cocina como estaba cuando hacíamos la vida en ella, con su media puerta de aldabilla por fuera y la de hoja entera por dentro, con la hermosa banca, el gran baleo de plata firme, hecho por mi padre, las sillas entrañablemente nuestras, la linaja del agua, con su paño blanco, nítido y la tapa fregada con polvos, la jarrera, la almitrecera, el quinqué dorado, los perfiles y brazuelos dados de pimentón y separados de la pared por unos manojillos de sarmentos, el fuego bajo y las alacenas llenas de «vednio».

El rulo de la vida ha ido pulverizándolo todo y solo de tarde en tarde se encuentra uno con algo disperso que le recuerde la infancia grata: el badil de la lumbre, la silla con asiento de soguero hecho en días de temporal y tal cual cacharro, que por usarse poco, vive milagrosamente, como la taza rameada, de loza lina, en que nos llevaba mi madre a la cama, enfriándolo desde la lumbre, el caldo, «tan rico», la azúcar tostada o la flor de malva.

El observador toma muy en cuenta todo lo que le rodea y se hace mil consideraciones con ello, durante las cuales suele olvidar lo esencial del asunto, que es considerarse a sí mismo. Ve el cambio en todo, lo lamenta o celebra y obsesionado con la vida y sus mudanzas, no cae en la cuenta de que el cachivache más antiguo, en el que más arrugas dejó el tiempo y más solo, deteriorado y arrinconado está, es él.

Felizmente, el hombre está dotado de imaginación que propende a la captación externa y lo libra de muchas amarguras, inclinándole a creer lo que no podrá pasarle jamás, hasta cuando ya le ha sucedido cuanto podía sucederle.

Cachivaches ~ antiguos ~

bovedillas y las alacenas vacías, hechas a la manera que ahora se dice «armarios empotrados».

Sin embargo, yo siem-



Dos recuerdos ahora que brindo a la mocedad de hace cincuenta años como estímulo de su memoria, para sacar otros a relucir: la botrica de «Senén» y la mula de «Pinago». Esta seca, con pelos de misera, las orejas colgando, tirando del carro del vedriao sin poder moverse, no puedo recordar cómo se llamaba. La botrica, con condiciones parecidas a las de la mula, tenía un nombre sonoro, que «Senén» pronunciaba ásperamente, pinchándole con el palo en el ijar: se llamaba **Condaná**, según ha tenido la amabilidad de recordarme un reverendísimo pater, alcazareño neto, que la vió muchas veces, como oyó éstas.

Animales conocidos

la mula de «Pinago». Esta seca, con pelos de misera, las orejas colgando, tirando del carro del vedriao sin poder moverse, no puedo recordar cómo se llamaba.



Se apeó un viajero de la diana y se dirigió a la Sira, que estaba en la pueramente la cabeza, y, mirándole, como adormilada, le dijo: «Oiga Vd. ¿Somos parientes?» El hombre, dió un respingo y cruzó al Paseo, encontrándose en la acera de Cristóbal con Bernardo Nanaeque, que iba al muelle, y repitió la pregunta sobre la fonda. Bernardo, cogió su tremenda carrenilla: «Que, que, que, que...»

Fatalidades

El hombre soltó una interjacción y se fué calle abajo, diciendo: «en este pueblo, todos son tontos».



«¿Dónde venden carne?» preguntó otro.

— «Vaya Vd. por allí y en la esquina vive el «Galgo», y si no tiene, orilla está el tío «Petro», que tendrá».

El hombre se quedó parado. ¡Cómo estará la carne, entre perros y galgos, para comprarla!

ta de la taberna, preguntándole por la fonda de Orsini. La Isidra, levantó calmosamente la cabeza, y, mirándole, como adormilada, le dijo: «Oiga Vd. ¿Somos parientes?» El hombre, dió un respingo y cruzó al Paseo, encontrándose en la acera de Cristóbal con Bernardo Nanaeque, que iba al muelle, y repitió la pregunta sobre la fonda. Bernardo, cogió su tremenda carrenilla: «Que, que, que, que...»

A la morir mis abuelos paternos, mis padres se mudaron de la calle Toledo, donde nació, a la calle Ancha.

La calle Ancha

A la morir mis abuelos paternos, mis padres se mudaron de la calle Toledo, donde nació, a la calle Ancha. Tenía yo cuatro años.

Había nacido el día 10 de Septiembre de 1893, a las doce de la mañana, asistido por la tía «Antoniona» (Antonia Atienza) partera, casada, con domicilio en la calle del Mediodía número 4, como ya se dijo en el Fascículo 5.º, al incluiría en el capítulo de Medicina popular. No firmó mi inscripción, por no saber escribir, ni hacerle falta, pues su listeza quedó bien acreditada ante todos los escribanos. Mis recuerdos del pueblo empiezan y terminan en esta calle hermosa de cuya vida tengo saturada el alma.

La casa fué partida para los dos hermanos, José y el Jaro. El abuelo «Rufao» la había comprado el 16 de Agosto de 1883, a Petra Serrano Mongero, soltera, natural y vecina de Alcázar. Estaba señalada con el número 18 y tenía una superficie de 5.715 pies cuadrados y por detrás un alcazel de 8 celemines, inmediato a las yeserías, que entró también en el trato. La vendedora lo había heredado de su madre Eulogia Mongero San Miguel.

La finca completa lindaba, por la derecha de su entrada, con Julián Beamud; por la izquierda, con los herederos de Bernardo Ropero. El alcazel lindaba, por el saliente, con la era de Juan Castellanos Muñoz; por el poniente, con Pedro Antonio Ramos y al norte, con la travesía que salía de la Cruz Verde al Paseo de la Estación, luego calle de Cervantes.

El precio puesto a la finca fué el de 2.251 pesetas.

La calle Ancha se ha transformado totalmente, pero aun queda frente a mi casa la esquina de «Chala» con el encanto de su ancianidad, que ya tenía en mi infancia, donde los chicos que buscaban el sol, escasos de ropa, atendos, con los pelos de punta y el moco colgando, mordisqueaban la cata de aceite en la orilla de pan moreno.

Dentro de lo que supone la falta de pavimentación, esta calle siempre fué limpia, por su gran altura y fácil desagüe de la calzada en todas direcciones. Las aceras siempre estuvieron bien empedradas y a la entrada desde el Cristo, había una serie de patios notables, por su am-

plitud y por el empiedro, hermoeados con nutridas plantaciones de manzanilla, el de la Bernardina de Pepe Canto; el de la tía Joaquina del

Suero; el de «Veneno»; el de la tía «Mocosa»; el de la Ursula de Beamud. Ninguna de las hermosas casas que se han construido en ellos, ha mejorado las condiciones de las viviendas que había en el fondo de esos patios pero han cambiado totalmente la vista de la calle. Antes, las ventanas daban a los grandes patios descubiertos, donde se hacía la vida. La calle quedaba solitaria, las paredes bajas, lisas y menos cuidadas.

El piso de la calle era muy arcilloso, por eso tenía en la puerta Juan el «Quico» los mejores gomaeros de barro barnoso. Frente por frente estaban las dos casas más típicas de la calle.

El gran desnivel que hay entre la calle y la callejuela, estaba proporcionalmente repartido y no era tan apreciable como ahora. Tenían puertecillas de una hoja, muy juntas con gatera, pintadas de almagra; parecían madrugueras. Había que bajar unos escalones para entrar. Las ventanas eran muy pequeñas, como agujeros y las cámaras bajas. En cada una de ellas vivía una familia numerosa; la tía «Cacha» y la Clotilde del Moreno Parra.

Quienes las hayan tratado, no tendrán dudas de lo que fueron aquellas mujeres, por los chicos tan buenos que criaron.

Por encima, estaba «Sopas» y por debajo, el tío «Chaja», muy viejo y rechoncho, con gafas. Un hombre que nos daba miedo a los chicos, por estar solo, era el tío Marchani. Más allá estaban los «Diablos», apodo que supone bastante deseo de involucrar las cosas, porque más bien se les podría llamar ángeles, sin querer decir con ello que la calle fuera el Paraíso, pues a pesar de estar ocupada totalmente por personas de buena pasta, no faltaron en ella las minucias propias de los lugares pequeños y pobres, pero ¡qué suave ternura despierta el sitio del batallar infantil!

Había en la calle varios portones juntos, apareados, como hermanos gemelos. Uno de grato recuerdo por su gente bondadosa, era el de las «Laureas». Todos tenían algún ventanillo al lado, pero sin ventana o con marco de cristal, sujeto con un clavo metido en el cerco,

de tan poco vano, que apenas entraba el aire al quitarlos y cuando ni cristal había, se tapaban como las gateras, con trapajos, para que no entrara el frío ni la luz.

En mi vida de Médico por todos estos conatos, me he dejado caer muchas veces sobre un serjco, abatido por el ambiente, junto a enfermos agonizantes que me traían el recuerdo del Alcázar de mi infancia, sin más diferencia que donde hubo una masiposa en una escuilla, con agua y aceite, ahora hay una bombilla de filamento opaco y cristal cubierto de moscas, bombilla que sirve para toda la casa y que entra

con el largo cordón por un agujero hecho en la parte alta del tabique, al borde del cual hay un clavo para colgarla. El enfermo yace sobre un camastro que ocupa el hueco de la escalera que sube al pajar, la cara lívida y sudorosa, la respiración anhelante. Sobre una silla, el vaso que se llevó a la botica con un agua, el papel que le pusieron, manchado y pegajoso y la cuchara de tomarlo, encima. Silencio y espera impaciente del último instante. El Médico se marcha, pero dentro, lleva lo que no olvidará fácilmente: el tragaluz por donde han de irse algunas almas al cielo.

Carta de vecindad

Fuera de lo que pudiera decir el padrón que, ¡cualquiera lo entendería!, alrededor de la casa donde nací, había muy buena gente y muy conocida, con nombres claros, sencillos, expresivos y demostrativos: el «Jacarero», el «Quintanareño», «Chicharras», el «Niño», el «Orejón», «Pinacho», el «Churrín», «Banderas», el «Jaro Menda», «Binga», «Morire», «Caguín», «Virgencita», justo el «Feco», «Catrado», «Pinete», «Facotrillos», el «Porrero», el «Jaro el Esmonterao», el «Cojo el Pio», «Galofía», «Mortal», «Dos Reales», «Cocina», «Corredera», «Sébana», «Petardo», «Boína», «Pajón», «Carnizo», «Borrego», «Seguidilla», «Picuco», «Caliche», el «Colaso», «Farelo», el «Dano», «Perná», el «Tabano», el «Birlao», el «Gaigo», el «Bolero», «Motato», el «Navero», «Recalco», «Prao», «Tinajillas», «Rengue», «Rompe», el «Cuco», «Jota», «Bocera», «Terciana», «Candialejos» y otros que formaban la verdadera carta de vecindad, la auténtica, dictada inapelablemente por apreciación general y la ver quién la cambia.

Era "mu templao"

«Calalo» fué el guarda lial de D. Joaquín, hombre de temple que no retrocedía ante nadie ni ante nada. Se dice que en «La Deseada» temblaban hasta los conejos cuando llegaba él y que se decían entre sí: ¡A las bocas, que viene «Calalo»!

Frecuentemente iba a Ciudad Real a juicios originados en la guardería y se volvía andando a «La Deseada», para guardar lo del billete, pues era muy económico. Sus ahorros los tenía, como D. Moisés, entre los zarzos de la cámara, y ya en los últimos años de su vida, se los mordisquearon los ratones.

Para ver un hijo que estaba en el servicio, fué en borrico a Barcelona y tardó mes y medio en ir y volver.

Uno de sus hijos, gozó de mucha fama para comer, recordándose algunos actos memorables, como el comerse el pan de la semana en un día, o tres brazas de longaniza y nueve libras de harina, hecha gachas.

Caída de su peso

Una noche de Pascua, salió «Pistaño» un poco alumbrado del baile y al llegar a su casa, se tendió en la banca sin quitarse ni la careta.

Por la mañana entró la María haciendo exclamaciones y diciendo: «¡pero, peinetá, si estás hasta con la careta!».

José, sorprendido, exclamó echándose mano: «¡Así decía yo: cuánto sudo y qué rostriseca tengo la cara!».

CaminoCaminos viejos

He ido varias veces a la Puebla por el camino viejo. Lo hacía para llegar pronto y no me perdía de milagro.

Con el mismo motivo y por causas diversas, he cruzado a las horas más impropias, diferentes caminos que nadie pasa ya: el de los Baños, el viejo de Herencia, el del Gamonar. Caminos desparramados,

lentos de abrojos, tan abandonados que, en muchos trozos, cubiertos de cardos, no se descubre una rodada o huella de herradura que sirva de guía. Nadie recorre estos caminos abandonados y el que se aventura por ellos, ha de ir con más tiento que el Ángel de Gaspar y sufrir las más acentuadas sensaciones de soledad y de pobreza.

También el Ángel era un camino viejo. Fué un comerciante metucioso, exacto, hasta el último día de su vida.

Al final puso su tiendecilla donde estuvo la barbería de «La Fama», otro camino abandonado y borrado de la superficie lugareña.

Vendía hilos, botones, cintas y puntillas. Era de una lentitud desesperante, pero de una perseverancia inigualable y su tienda un modelo de orden y clasificación, atendida hasta la media noche, a puerta cerrada, anotando, ordenando, borrando y aclarando los más mínimos detalles antes de retirarse.

Tenía unas callosidades disformes en ambos pies y tan doloridas que apenas podía andar. Llevaba botas de paño siempre y caminaba tan despacio, que no se le veía moverse y hacía falta observarle gran rato para darse cuenta de que había avanzado medio metro. Era el asombro de cuantos le veían que, al encontrarlo, después de varias horas de haberlo visto, se iban comentando: ¡Vaya donde llega el Ángel ahora! Baste decir que, desde la calle de la Victoria, donde vivió últimamente, a la tienda en la de Castelar, tardaba medio día sin parar de andar. ¡Si miraría dónde ponía los pies! Pero lo maravilloso es que no dejara nunca de abrir su tienda.

El Ángel era un santo varón, pero parecía una sombra, un bulto, que transitaba extrañamente por la calle de la Marina, atento a sus pies, sin poder mirar a ninguna parte y cruzado por la multitud, sin que nadie le hablara, como si no se le conociera y tal vez pensando que para qué quería vivir. Pero el Ángel, aunque dolorido, continuaba su marcha. Presentía el peligro. El camino que no se sigue, se borra, se pierde, y el del Ángel de Gaspar, lleno de virtudes comerciales relevantes, parece que no ha existido.

Hacía justamente lo debido: caminar, aunque fuera como el que pisa huevos, para impedir el brote de la raíz del olvido, soterrada siempre en la calzada de todos los caminos viejos.

PREGONES ANTIGUOS

Uno que no entendí nunca, fué el de las churreras. Muy de mañana, en un tono agudo y prolongado, se oía: «hilo, aaaah, tila, aaah» Y luego, «Combros calientes».

«La Canena», tan guapa como desastrosa, voceaba: «jabonera, malvarisco y palo duz».

Pajarillas y tirabuzones de la «Tía Balbina», en jarras de Talavera, llenas de serrín.

Las chicas de los requesones, llevaban un pañuelo hecho rodete sobre la cabeza y encima, la caja con varias filas de escuillas, a perrilla dos.

Tenían fama los de «La Granaera», por lo limpia.

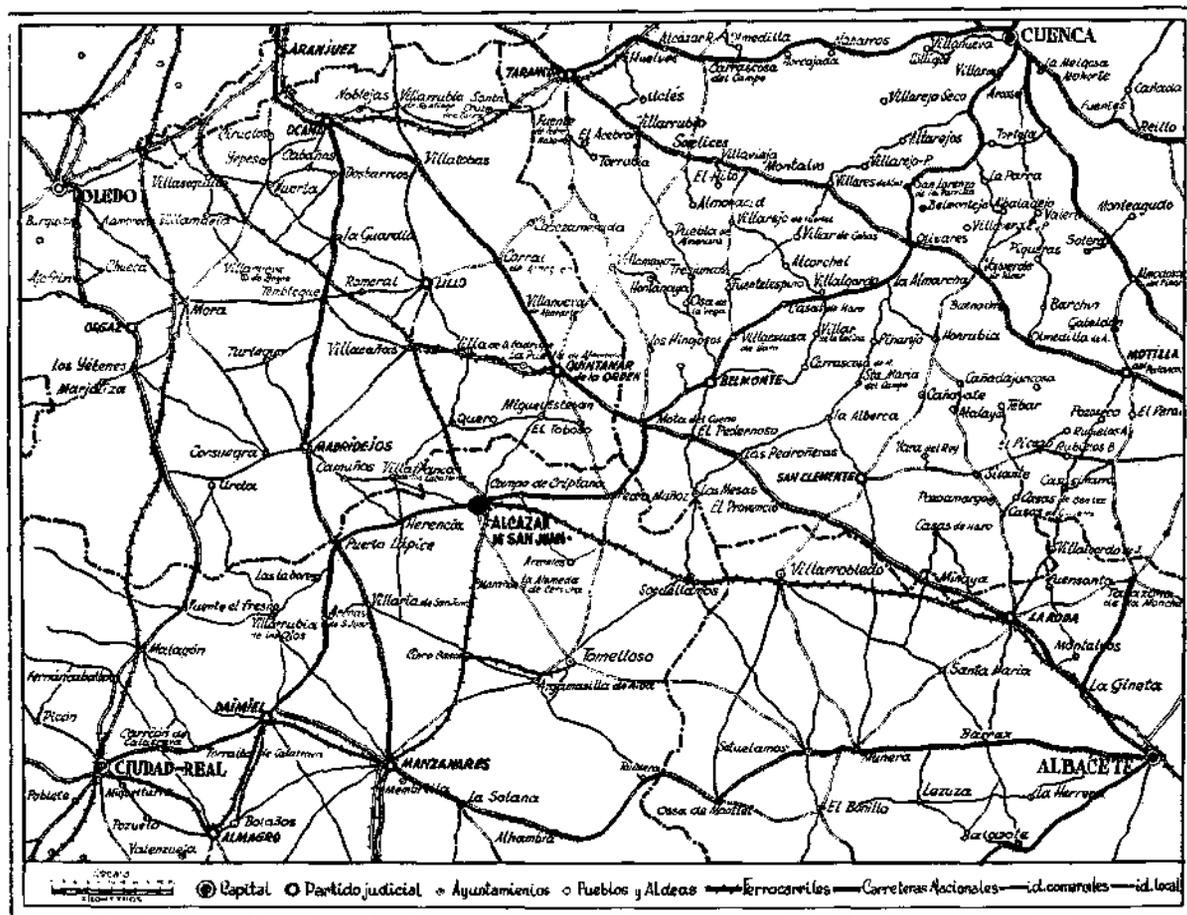
Ofrece el caso de las requesonerías la particularidad de ser la única cosa que en Alcázar se ha transportado en la cabeza habitualmente.

Por aquel tiempo, se veía en el Paseo al tío de los camarones, como en los puertos meridionales; al hombre de la bandeja de mimbre, con pocillo de medir y un paño por encima, pregando camaroncillos, salaillos, con pelillos en el hociquillo, a perra la medida.

E

L servicio prestado por el Mapa Comarcal y el Plano de Alcázar, incluidos en el segundo fascículo de "Hombres, Lugares y cosas de La Mancha", ha sido tan importante, que no dejan de llegar peticiones a pesar de saberse que se agotó la tirada de 5.000 ejemplares en los primeros días. Deseosos de seguir satisfaciendo esta necesidad, se reimprimen al dorso de este Mapa de los Caminos Vecinales, cuya utilidad no desmerecerá ante los otros y, juntos, forman una orientación topográfica tan completa que no sabemos de ningún otro pueblo que cuente con otra igual.





Mapa de la Comarca de Alcázar de San Juan, con fecciónado por nuestra Fundación, en honor de esta Ciudad.

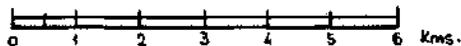
100



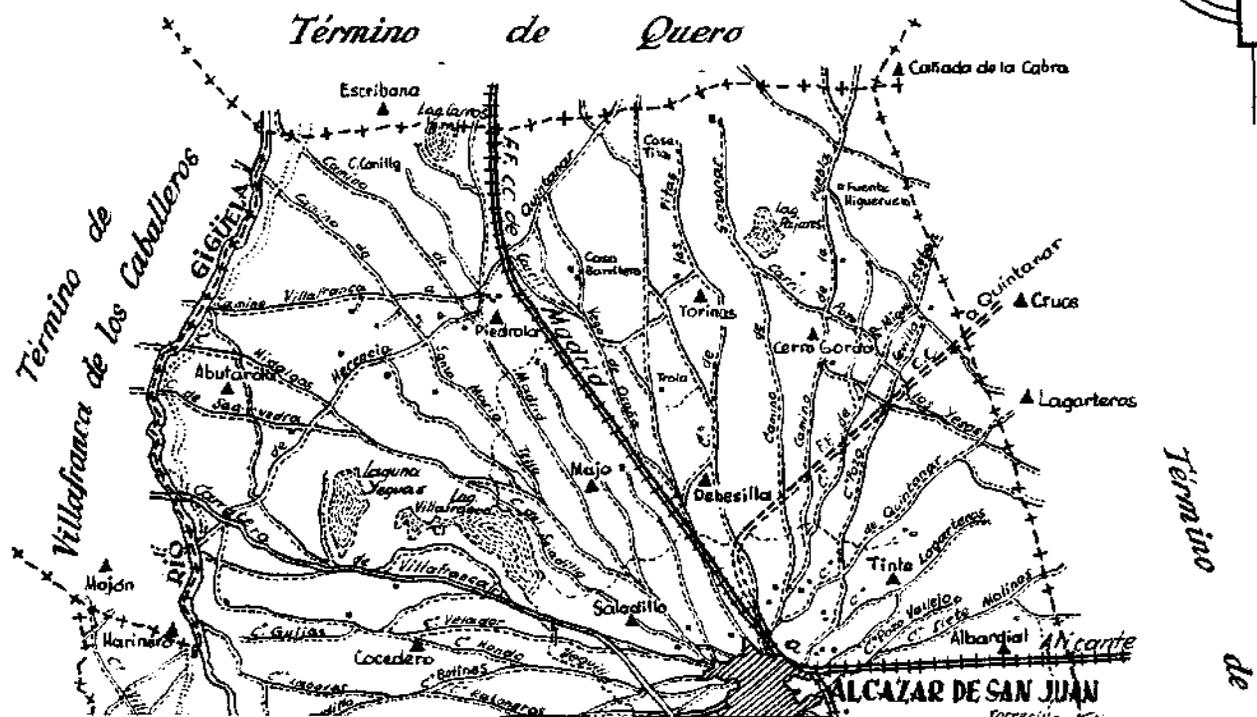
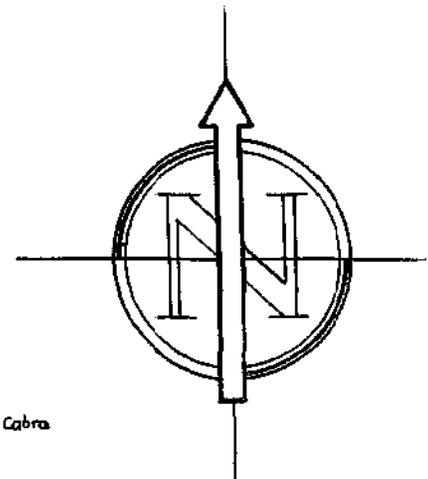
• ALCAZAR de SAN JUAN •

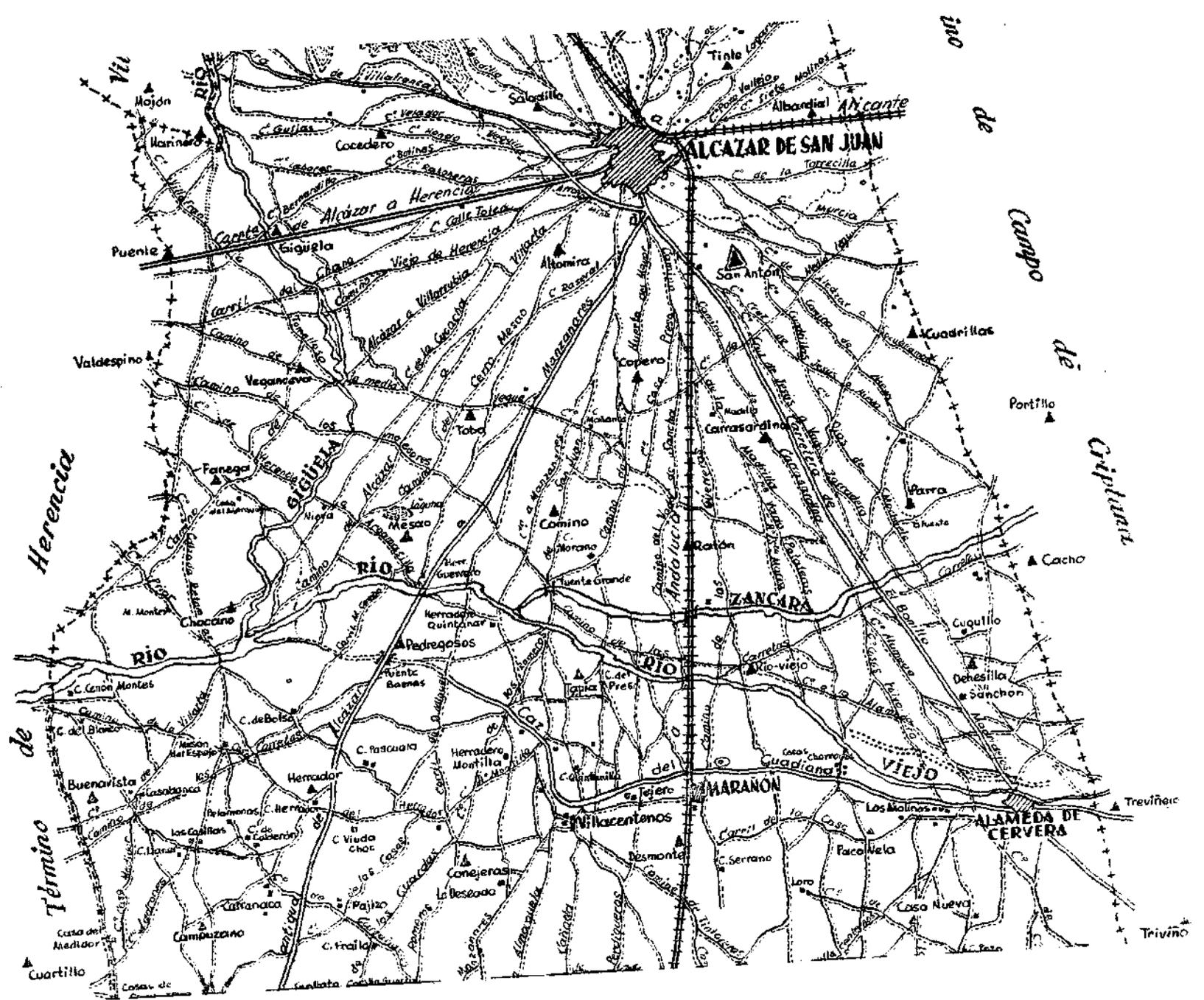
Caminos de su Término Municipal

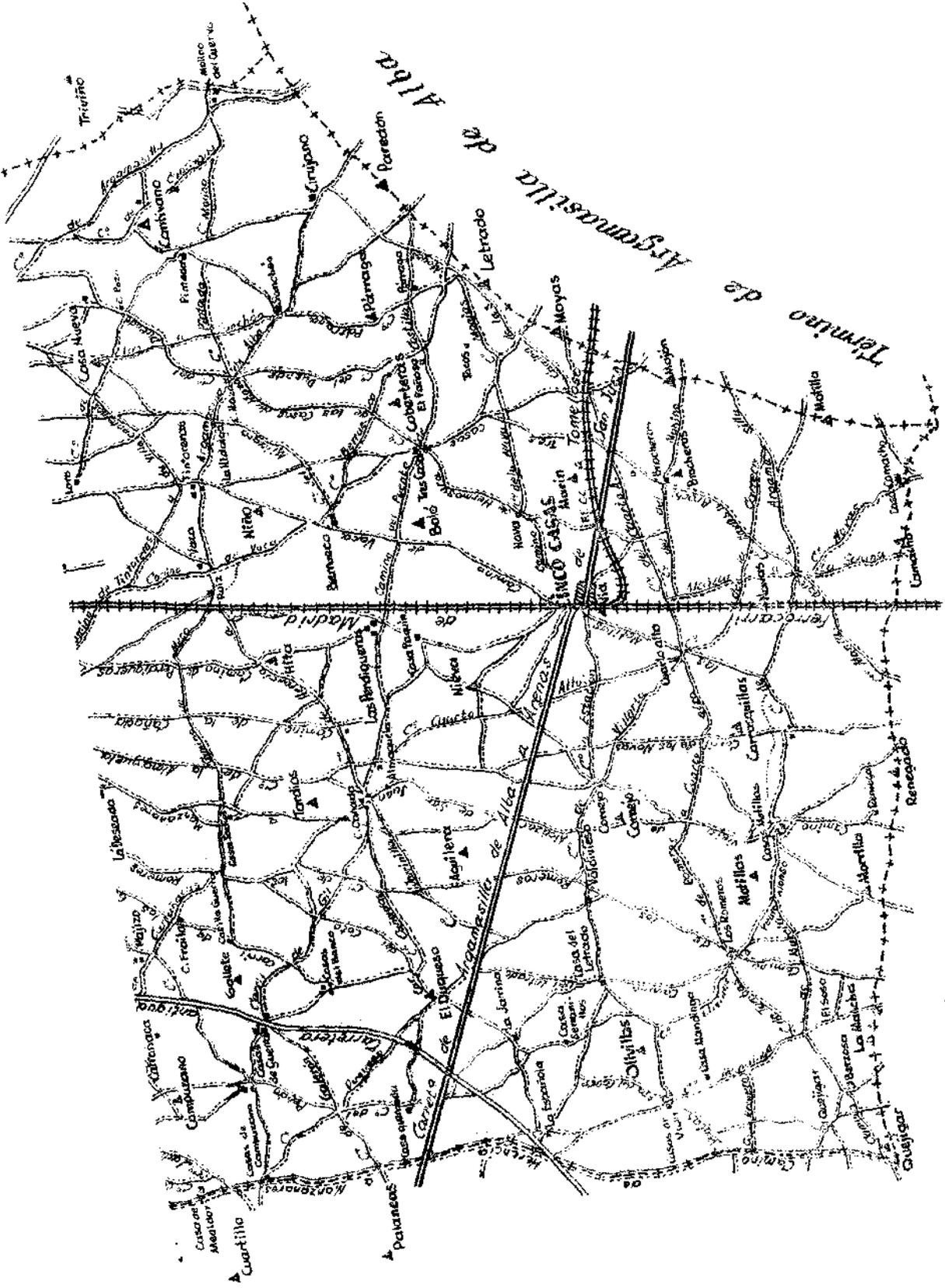
Escala



Superficie 67.281 hectáreas, 56 áreas, 25 mts.²







Termino de Argamasilla de Alba

Termino de Manzanares

A Góndar

El hombre sencillo, humilde, que bajo apariencia vulgar ocultaba una vocación decidida y una sensibilidad exquisita. Su llaneza quitaba brillo a su personalidad, que era relevante y su disposición se puso de manifiesto en distintas ocasiones, pero sobre todo en Filipinas cuando se hundió el «Reina Regente» y hubo de hacer el sermón de penagrico con pocas horas de preparación. Ninguna congregación aceptaba tal Compromiso y él tomó el encargo y salió airoso.

Dicen que tenía un carácter raro, tal vez por retraído, pero hay detalles que dicen algo de su intimidad. Por ejemplo: el año 1898 al perderse las Colonias, vino a Alcázar desde Filipinas, donde había estado ocho años. Se le ofreció una Parroquia del pueblo y no la aceptó, contestando que mientras hubiera un cordón franciscano él sería fraile.

Así como Panadero, su contemporáneo más viejo, hizo sus primeras armas en el taller del tío Eloy, por lo que le llamaron siempre el «Chato Serrín», Casero parece que anduvo alrededor de la mesa del tirapie en el taller de Francisco Vaquero.

El Padre Indalecio nació el 30 de abril de 1862, en la Placeta de Palacio.

A pesar de haberlo intentado, no ha sido posible reconstruir la vida de este notable alcazareño, quedando obligados a conformarnos por el momento con algunos detalles sueltos, como el del «Reina Regente», que lo acreditan de buen orador sagrado. Se cuenta a este respecto que fué a predicar a Almansa y le regalaron una Historia de España de veintidós tomos y un Quijote de dos.

Dentro de la Orden existen dos tomos de sermones inéditos originales de fray Indalecio.

Ocupando el cargo de Rector en el colegio de Arenas de San Pedro, el año 1899, predicó en Talavera de la Reina el panegirico de la Inmaculada Concepción, que se imprimió a expensas de varios amigos y admiradores de Casero en dicha ciudad.

En el año 1912, el día 20 de enero, fué elegido por primera vez Provincial de la Provincia franciscana de San Gregorio Magno, de Filipinas.

El día 2 de abril de 1912 abre un colegio para niños que deseen ser religiosos franciscanos en Belmonte (Cuenca) que continúa hasta nuestros días. Años más tarde—20 de junio de 1919—en su provincialato 2.º se trasladó a Alcázar, al edificio que por iniciativa del Padre Indalecio se construyó de nueva planta detrás del Convento de San Francisco, saneando el Arroyo de la Mina, que contribuyó a higienizar y embellecer este lugar.

En febrero, día 2 del año 1913, manda que la imprenta que poseía el Convento de Franciscanos de Almansa (Albacete) sea trasladada al de Alcázar, otra prueba del cariño hacia su ciudad natal. En esta imprenta se imprimía por estos años el periódico semanal «Lectura para el pueblo» que se repartía los domingos en la misa de once en San Francisco. Esta imprenta se traspasó a Benigno Alaminos, apartándose entonces de la de Castellanos, donde trabajaba.



El 4 de noviembre de 1912, residiendo como Provincial en Guadalajara, partió de esta capital para hacer la Visita Canónico-Regular a las casas que tenían los frailes en las Islas Filipinas deteniéndose antes en Roma, con el mismo fin, en la Residencia de Santi Queranta, donde moró el padre Panadero.

El día 7 de octubre de 1914, vuelve de Filipinas y su primera visita es para Alcázar.

El año 1914 a 16 de diciembre, deja de ser Provincial y queda de Definidor y otros cargos hasta el año 1917, residiendo en Madrid por segunda vez, como consecuencia del nombramiento que se le había dado de nuevo el año 17.

El día 20 de noviembre de 1920, deja de ser Provincial, quedando en Madrid de Superior local. El 1928 o más bien el 1927, es trasladado a Guadalajara, de Superior de la Casa y muere en ella el año 1929.

No se han podido determinar las fechas de toma de hábito y de primera misa, aunque se sabe que lo tomó en Pastrana, realizando sus estudios en Almagro, Puebla de Montalbán y Consuegra.

Fué el primero que desempeñó el cargo de Comisario en Filipinas, cargo similar al de Provincial cuando se fijó en la Península la residencia del Provincial, por los años 1905 a 1908.

Cuentan que era poeta, pero solo hemos visto una brevísima composición, que si bien es un excelente testimonio de su devoción a la Virgen y una prueba de que no desdeñaba la composición rimada, carece de fundamento para valorar su estro.

En unas nociones de Aritmética que hizo el Padre Antonio López para el Colegio Seráfico y dedicó a su Reverencia, se cita al alcazareño como fundador de dicho Colegio, no solo por la realización del proyecto sino por el orden moral y religioso y el sumo interés que venía tomando por su mayor gloria y esplendor.

La muy reverenda paternidad de Casero se extinguió el 22 de julio de 1929, en Guadalajara, y ya no queda ni rastro.

¡Así son de deneznables las glorias humanas!

COMO consecuencia del matiz cosmopolita que el carril imprimió a Alcázar, aparecen en su vida algunos fenómenos exóticos más o menos fugaces, cuya anotación es indispensable para la hora de los juicios finales de esta obra.

Uno de esos acontecimientos fué la aparición de los armados en nuestras procesiones de Semana Santa, tales como se ven en la fotografía, hecha en el año 1913.

Su organizador fué D. Angel Niño, toma notas de la Estación,

que aparece sentado, empuñando la espada. Todos los demás son alcazareños que, como siempre, atienden docilmente cualquier indicación y en este caso, los que rodean tan apuestos al Sr. Niño son Antonio Archidona, José Monreal «El Gordillo», Casero, Escolástico Avilés, Fortuno Pascual, Domingo Avilés, Pascual el de «La Escusaera», Antonio Román el del «Rulo» el carpintero y el Jaro el tambor (Manuel García Pozo), con su redobante. Las chicas que los acompañan representando las tres Marías, son Gerarda Ocón, Dolores Castellanos y Felisa Pérez. Felicita Alaminos, va de Verónica. Esperanza Campo, de Magdalena y Argimira Izquierdo, de San Juan

Hay tres o cuatro que no hemos podido identificar, aunque alguno, como el que está entre Pascual y el Jaro, debe ser estacionista no enraizado en Alcázar.



La Dicha y desdicha

EN la calle del Verbo, frente a Benitillo Pérez, vivía Candelas Campo Vela, viuda de Evelio Reillo Pizarro, de Criptana.

Tenía una hija llamada Gregoria, guapísima, parecida a la Concepción pintada por Murillo, con una educación de altura, dice Pantoja, discreción admirable y posición social de primera categoría.

El novio, Esteban Castellanos Peñuela, era digno de ella, un real mozo, más derecho que una vela, inteligente, intrépido y de genio «en el grado más alto del regulador», agrega D. Julián. Su discreción queda puntualizada en cierta frase: «hablar poco y hablar bien, es muy difícil, de modo que cuánto barbarizarán los que hablan tanto».

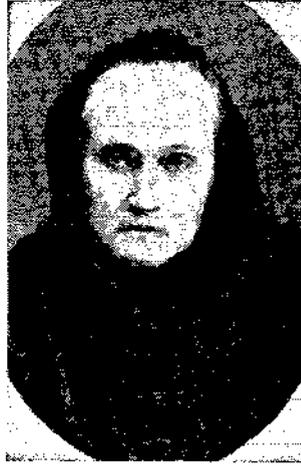
Uno ocasionó un perjuicio en su casa por impencia. Le censuró el proceder, sacando un poco el genio. El autor dijo que lo sentía, varió de modo de ser, enfermó y al poco murió, porque se quedó helado con la reprimenda.

La Gregoria, que sobre lo antedicho, era semisenta, tenía fábrica de chocolate, almacén de ultramarinos, labor de consideración y ganadería mular y lanar. Esteban era dueño del molino del Cerro San Antón, conocido como el mejor.

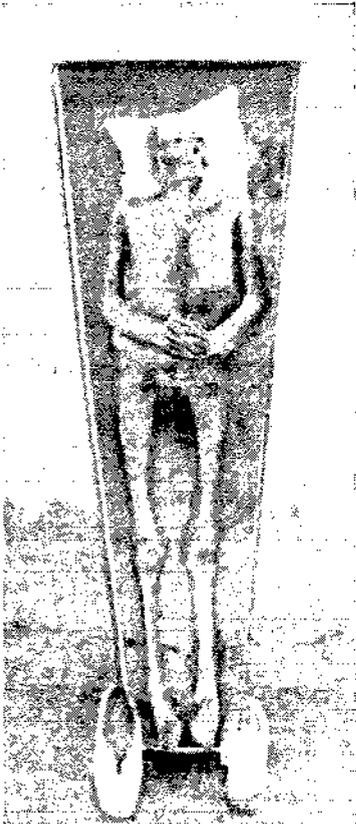
Era un matrimonio feliz, pero se mezcló la avariosis y el marido, que tocaba la guitarra y cantaba muy bien, al poco de casarse amaneció ronco y ya no pudo cantar más, y un niño que les nació, lo hizo sin piel y algunas otras cosas impropias del caso: murió pronto. La madre enfermó para siempre; vino a atenderla el Médico de la Casa Real, Martínez Molina y posteriormente, que presentó algo en un ojo, vino el también Médico de Cámara, Santero.

Los últimos tiempos, solo paraba aquí el verano y le traían el agua para beber de Villarrubia de los Ojos. En cuanto bajaba la temperatura, se la llevaban a Córdoba, a la Sierra del Brillante; murió a los 26 años, hacia el 1877.

La muerte de la Gregoria, fué la causa ocasional de que su madre, Candelas Campo, que no tenía como heredera más



LA CANDELAS



Mateo Campo, padre de la Candelas y de la Gabriela, falleció el 14 de Febrero de 1860, a los 66 años y fué enterrado en el Cementerio del Santo o de San Sebastián.

Al efectuarse el traslado de los restos de este Cementerio al actual, el día 24 de Marzo de 1898, o sea 38 años, un mes y diez días después de muerto Mateo, se encontró su cadáver momificado en la forma que acredita esta fotografía, hecha después de colocarlo en una caja nueva y que fué rotulada y firmada para darle autenticidad, por Cándido Castellanos, el del «Piti», nieto político del interfecto, pues como se sabe, estuvo casado con la Inocenta, hija de la Gabriela y hermana única de los «Melenas».

que a su hija, realizara la idea de fundar en su casa el Convento de Concepcionistas que existe en la actualidad en la calle del Verbo.

El almacén y la fábrica de chocolate, pasaron a la calle de San Juan número 3. La Candelas se encerró en su casa tan abatida, que hasta puso cortinas negras en las ventanas.

Impresionada por tan alarmante encierro, una parienta que tenía en Manzanares, de monja Concepcionista, la persuadió para fundar otro igual en Alcázar y en su propia casa, como así lo hizo, aunque no consiguió verlo terminado, pues falleció el 26 de Marzo de 1882, a los 65 años de edad, cuando estaban colocando la barandilla del coro. El resto del capital lo dejó a su hermana Gabriela, madre de todos los «Mejenas», en cuyo tronco se injertó también su sobrina Gregoria, pues tía y sobrina, se casaron con dos hermanos.

Cuentas Claras

ERA en el Agosto. Estaban en la era y echaban de comer en el cuartillo. «Cadenas» amigo de saber por donde iba, por cada pienso hacía una raya en la pared con un clavo viejo.

Llegó Bernardo Campo y sorprendido de la contabilidad, le dió la vuelta al cuartillo haciendo rayas.

Cuando volvió «Cadenas», preguntó: - ¿Quién me ha borrado la cuenta?

A pesar de la broma de Bernardo, el sistema de las señales era respetado por todos y estaba tan generalizado, que hasta el pan se señalaba a diario en un listón rectangular llamado tarja, que guardaba el parroquiano y en el cual iba haciendo piquetes el panadero con su navaja cuando hacía el reparto, a razón de uno por pan.

El consumo que se hacía de tarjas se reflejó en el hecho de ser una de las cosas insignificantes pero frecuentes que se encargaba en los talleres de carpintería, aunque los había tan desamparados que no les encargaban ni tarjas, ni paños de silla, tablas de lavar o cogedores, que eran los cuatro pies firmes de la artesanía durante meses enteros, salvo la interposición de otro trabajo que se encargaba con frecuencia a los carpinteros: el hacer cajas para los muertos. Las de niños y solteros, *torradas de percalina blanca* y vivos amarillos con estrellas de cartón pintadas de purpúrea, claveteadas por la tapa. Las de los mayores torradas en negro, con cintas moradas o amarillas.

Los carpinteros trataban a los muertos con la misma familiaridad que a los tarugos y los que aprendían el oficio contaban ya con ese detalle como cosa ineludible para la que habían de valer; necesitaban tener estómago, como todo el que maneja los «deitrus vitales».

Provisión y previsión

EN las épocas de escasez, solían encargarse trabajos, aunque no hicieran falta de momento, para remediar la necesidad de los artesanos. Era frecuente el caso de que ciertas personas se hicieran unas botas o unos pantalones o una tabla de lavar, por ayudar al artista afligido.

D. Julián Pantoja, cuenta que D. Joaquín llevó su liberalidad hasta el punto de encargarle a Alfonso Cenjor que le hiciera su ataúd y lo guardara hasta que se muriera, para entregarlo a su familia y que lo tuviera en cuenta.

PASTORILES

LA garrota, como emblema gremial, llegaba en su dominio hasta la Iglesia, en la Fiesta de San Francisco de los Pastores, que invadían el Altozano y el Convento, como un ejército armado, desde la tarde de la víspera al preparar la hoguera.

El deseo de darle rumbo al día originó cierto confusiónismo, porque lo que se celebraba era San Francisco, pero a veces se sacaba a San Antonio, retrasando la celebración de su día, mas como el de San Pedro es el verdaderamente notable para los pastores, por cambiar de año, la gente no sabía a ciencia cierta por dónde se iba.

Sin embargo, en las anotaciones domésticas del tío «Piti» se dice que el año 1864, después de muchos años de suspensión y con Real aprobación, fué creada la Hermandad de San Antonio de Padua y se estableció la junta marcada por la

Borojo, cuyas hijas se casaron, una con el Barraco y otra con el Caballejo. Alrededor de estos recuerdos se agruparon por entonces otra vez las garrotas del Arriero Pobre, Manzanero, Toca, Colorín, Garipola, los Ranas, Mascahigos, el Perro, el Porrero, el Maldito, el Cojo el Angelillo, Galicia, el Gaigo, los Piñones, los Caracos, Comino y algunos carniceros como Ortega, el Zurrante, Juan Antonio Romero y algún convidado como el Batanero, etc. Hubo seis u ocho años de gran entusiasmo. Los pastores se paseaban en el Convento toda la noche. Después de la hoguera se hacían las migas de pastor y se comía cordero, repicando las campanas sin cesar. Se alumbraban con los pellejos viejos del vino, hechos pedazos y colgados en clavos en forma de hachones, pues la pez arde muy bien. Sin embargo, algunos no veían claro, porque antes se habían alumbrado con la corambre nueva que ahuma la vista.

El rudo alarde de majeza y rumbo de los pastores y muleteros era insuperable en la procesión, cuya originalidad consistía, precisamente, en el apiñamiento y arrastre de las enormes garrotas.

Sin embargo de esto, el entusiasmo decayó, el Santo se iba quedando solo y, según dice Bonifacio, «de que más no acordaron» se juntaron San Antonio y San Francisco sin que nadie supiera lo que pasaba. Y así quedaron las cosas, como en un encogimiento de hombros, por aquel tiempo.

Octavio, temático como buen pastor, tiene calculadas aproximadamente las reses que exis-



He aquí al tío «Toca», (Francisco Meco Fernández Checa, hermano de Parricio el «Embustero») antiguo mayoral de la casa Lerín y de su yerno D. Tomás Baido, padre de doña Remedios, donde estuvo desde los 19 años hasta los 70. Entonces los mayores hacían las compras de ganado, sobre todo mular, por León y Asturias, yendo a pie o a caballo por los pueblos y llevaban el dinero debajo de la faja. Estas andanzas y sus peligros los hacía muy duros y duchos en la gramática parda, tanto, que en el caso de «Toca» todavía se oye aquello de «eres más pardo que la capa de Toca». Murió a los 82 años, el día que se hundió Santa Quiteria.

Ordenanza con las siguientes personas:

Presidente, D. Jesús Romero, Presbítero.

Capellán, D. Carlos María Castellanos, Párroco.

Hermano mayor, Francisco Andrés Aguso.

Vocales, Evelio Reillo y Trinidad Arias.

Tomaron los oficios Antonio Castellanos y su cuñado Juan Pedro Pérez-Pastor, abuelo mío.

Las andas se hicieron el año 1868 y las costearon D. Jesús Romero, D. Leandro Paniagua, Benitillo Pérez, José Alonso Cerozo y Antonio, poniendo a 76 reales cada uno.

Ya se ve que no andaban mezclados aquí los pastores ni los muleteros.

Posteriormente, alrededor del novecientos, se reorganizó la Hermandad de San Francisco de los Pastores, tomando como base los detalles sueltos de antiguos papeles, donde figuraban nombres de pastores como

tieran en aquel tiempo, alrededor de unas once mil, distribuidas en la forma siguiente: El Maldito, doscientas; el Tío Antoñico, ciento; el Arriero pobre, ciento cincuenta; Caballejo, doscientas; el Perro, ciento cincuenta; Ramón Mendoza, ciento; Mascahigos, ciento; Chozas, ciento; el Barraco, doscientas; Colorín, doscientas; Piñón, doscientas; Diego el Galgo, doscientas; Julián el Galgo, ciento cincuenta; el Piti, doscientas; Alberto el pastor, doscientas; Caraco, doscientas; Enrique Arias, doscientas; Antonio el Perro, ciento cincuenta; Mariano Urbán y Francisco el Perro, ciento cada uno; Patricio el de la Perra, doscientas; Sergio, ciento; Jesús, Miguel y Vicente el Arriero, trescientas cincuenta entre los tres; los Ranas, ciento cincuenta; Villafranca, doscientas; Cabezota, ciento; La viuda Bullones, doscientas; Viuda de Ortega, ciento; Melitón el Porrero, doscientas; Eusebio el Porrero, ciento cincuenta; los Rincones, ciento cincuenta; Galicia, ciento cincuenta; los Melenas, doscientas; Colorín, ciento; Octavio, ciento cincuenta; Gorrolo, ciento; el Rano, ciento; el tío Cristo, ciento; Alejo Fernández, ciento; los Barracos, doscientas; los Villafrancas, cuatrocientas; los de la Perra, doscientas; Dieguillo, ciento; los Cominos, trescientas; Angé Huertas, ciento; los del Tuerío el Huevo, quinientas; el Pez, ciento; el tío Ginés, ciento; el Perrete, ciento; Meco, ciento; don Juan Baillo, cuatrocientas; don Ramón Baillo, cuatrocientas; don Enrique Bosch, trescientas; don Luis Barreiro, cuatrocientas; don Casimiro Penalva, cuatrocientas; Viuda de Manso, cuatrocientas y don Miguel Enriquez, trescientas.

Cabras había en el año 1880, ciento; en 1890, doscientas; en 1900, trescientas y en 1910, cuatrocientas.

Las vacas no existían en la localidad, en ese tiempo.

GARROTAS CAIDAS

La decadencia del pastoreo la percibieron pronto los pastores como se apreciaba en aquello de «la tierra para el que la quiera y los animales que los cuide su amo» que se decía.

La vía férrea abrió un camino nuevo en los pastizales y los pastores que lo miraban desde los desmontes de Piédrola y Villacentenos y que tenían tiempo de probarlo, echaron por él atraídos por la novedad y por un atisbo intuitivo de comodidad que cuadraba con su psicología, pues aquello no era servir a un amo. El trabajo aquel tenía mucho de voluntario y al acabar se



Pastores y pastoras auténticos nos ofrece esta fotografía del tío Manzanero con su familia. Le falta al hermano Francisco el recalcamiento de Cristóbal Piñón, su cuñado. Era por constitución más inquieto, lo que se dice más cascarrabias y celoso de su autoridad, como don Mariano Rico en la Estación.

Fue siempre el mayoral del Conde y la gente lo consideraba como al amo; todo eso, decían los demás pastores, señalando medio término, es de Manzanero y no se puede pasar. El zagal tiene la garrota en posición de arrastre, que es lo pastoril y el aire de cabeceo que dá el ir pisando terrones detrás de las ovejas.

iba uno tranquilo, sin incumbencias de ninguna clase, que nunca faltaban en el pastoreo, ya que eran en puridad su única justificación. Lo que se ganaba de menos tenía otros alicientes y los pastores se hicieron «tiznaos» aportando a esta clase el rumbo adquirido en la trashumancia.

A la postre, seguían caminando por el mundo y la estimación que la gente hizo de la tizna, les permitió conservar su arrogancia mucho tiempo.

Lo que se perdió en seguida fué el símbolo, la garrota, que quedó abandonada. Parece que no, pero ese era el indicio cierto de que no tardaría en perderse todo lo demás y, en efecto, hace tiempo que caducó el fuero.

La garrota blanca, alta, gorda, fuerte, manejada sin cesar arreando animales y rompiendo terrones, era la lorjadora del alma pastoril, lo que le daba autoridad, mando, gobierno del ga-



Para muestra basta un botón y nadie dudará de que Cristóbal «Piñón» representa aquí en toda su integridad el gremio de pastores y muteteros alcazareños. Su traza, de lo más puro y auténtico; solo le falta el macho o el caballo con aparejo cubierto de pellejos de oveja y la garrota, para partir hacia la vega.

Reposado, aplanado, como hecho a sujetarse contra el aire, con la estabilidad de un sólido geométrico de base plana; el pecho abierto del que sabe y está dispuesto a darle paso a todo lo que venga; los ojillos escrutadores y la risilla burlona y esceptica, adquirida en el gitaneo de los tratos, nos muestra al mayoral curtido en todas las andanzas pastoriles, sin atascarse por nada ni dejarse achicar.

Tiene, además, Cristóbal, la majeza tanferrona del gremio y el aire satisfecho de sí mismo. No cabe más propiedad ni más naturalidad en la personificación de uno de los sectores, ayer fundamentales, de la vida alcazareña.

nado y de los caminos, apoyo para su cuerpo fijada en el ijar, en la barriga o en la corcusilla, según la inclinación pedida por el descanso de cada momento, ya que nunca estaban derechos, y lo mismo al andar, cabeceando, por la tierra de los caminos.

El tren obliga a abrirse de piernas y da, sobre todo en la máquina, cierto contoneo que se conserva en la calle, pero, es otra cosa.

El pastor al dejar la garrota, perdió su personalidad y la garrota perdió a su legítimo dueño y señor, al que le daba aire, que es de lo que viven las cosas, del fuero, del honor; el que sabía manejarla, enarbolarla, sacarle el jugo, la poesía, hacerla hablar en el campo, en la casa y en el pueblo, pues el modo de manejarla era un anuncio seguro de la presencia, de la orden o de la necesidad de cada pastor, viniendo a ser como una prolongación de su persona, cuando no su representación misma.

Entonces quedó otro grupo de hombres de garrota: los consumistas. ¡Qué diferencial!

Como en todo el hombre es lo esencial, la garrota en manos del consumista carecía de expresión, no tenía vida.

En ambos casos era manejada por hombres que no trabajaban y se la fijaban en los mismos sitios ¡pero, qué! Y es que las cosas hay que hacerlas de verdad, con toda el alma y el pastor se dejaba caer sobre la garrota como un muerto.

El consumista llevaba una garrota cualquiera y el pastor una buena porra con aguante.

Muchas veces la garrota del consumista estaba apoyada contra la esquina o caída en el suelo, como los perros sin amo y a menudo la llevaban colgada del sobaco, por dentro de la chaqueta, disimulando, como avergozados. El pastor la llevaba siempre a la vista, jugándola como una bandera, con orgullo y gallardía, o arrastrándola en son de guía, de cencerro, para lo que llevaba detrás prendido a su silbido y a su voz.

Pero también se acabaron los consumistas y con las garrotas solo queda Juan, Juan Atienza «Tello», el de las garrotas, resto del espíritu generoso y cabal de nuestra arriería, que no quiere ni puede casi ver las garrotas caídas, pero aun sin querer las ve, las ve con su alma y se le nubla la vista, levanta la cabeza y alarga la mano para tentar el montón, diciendo: ¡Dónde, dónde están! Y busca y toca, primero con la imaginación, luego con las manos y calla y baja la cabeza. ¡Sí, es verdad, están aquí, aquí! Pero lo dice de una forma y pone la cara de una manera, que no se sabe si lo que dice entre dientes es por lo que toca o por lo que piensa, porque la verdad es que la mano de Juan está en el aire, su pensamiento en las nubes y las garrotas... ¡caídas!

USOS CAMPESTRES

COMER en caldero, sartén o cazuela con otros al mismo tiempo, tenía sus reglas, que a veces costaba trabajo cumplir.

La pobreza de aquella vida, atendida a lo más elemental e inmediato, sin consentir la más leve expansión y mucho menos la diversidad de platos con distintos condimentos y menaje diferente, fué imponiendo su necesidad hasta convertirla en costumbre de nuestros días y no era poco que se utilizara la cazuela, pues la mayoría de las veces ni falta hacía para comer un pedazo de pan con cualquier cosa seca.

No obstante, la comida tenía cierta solemnidad y el hacerla juntos imprimía relación de confraternidad entre los comensales, que se extendía más allá de la cocina, en cuyo lugar, inmediato a la lumbre, era donde se hacía el corro, y cuando alguien, aparte de ese momento y lugar, se tomaba alguna confianza indebida, se le preguntaba en qué cazuela se había comido juntos.

Era fundamental el estar todos puntuales y no entrar nadie la mano hasta que lo hacía «el cabeza» (padre o caporal) diciendo «Jesús». Una vez empezada la comida, cada uno debía atenerse a su lado y llevarlo todo a hecho, con corte limpio, rebañando, sin dejar cortinas ni saltarse en busca del bocado apetitoso. Había que conformarse con lo que tocaba en suerte y el que alargaba la mano solía recibir en ella el aviso de las cachas de la navaja, dado por el que tenía el rabo de la sartén, que siempre era el padre o el más caracterizado. Los gatos que andaban alrededor, recibían a menudo ese golpe o bien les daban con el gran moquero, que se ponían los hombres sobre el muslo para limpiarse antes de beber, aunque algunos lo hacían con el dorso de la mano izquierda mientras prevenían la vasija con la derecha.

Aparte de tener el pañuelo sobre el muslo, cada uno sostenía en sus manos el pan, la navaja y la cuchara, cambiándolos de posición según las necesidades de cada momento. No era la cuchara de necesidad mayor, pues tan hábilmente se usaba la *sopa* o pedazo de pan pinchado en la navaja, que suplía perfectamente a la cuchara y en ocasiones con ventaja, como sucedía con las gachas, hasta el punto de que era general reírse cuando alguien hablaba de comer gachas con cuchara y lo mismo ocurría con los mojetes de todas clases, claros, de *asaadura* o *tisnaos*.

El beber a boca de jarro tenía cierto arte de limpieza, que distinguía a las personas, pues no todas se avenían a beber donde lo hubieran hecho los que carecían de esa habilidad, o tuvieran bigote, detalle de importancia capital en este menester.

Durante la comida no se hablaba apenas. Todos estaban atentos a entrar la cuchara con limpieza y recularse a su asiento para rumiar el bocado.

Era motivo de satisfacción general ver que todos comían bien, sin remilgos y con apetito, considerando que del que no come, nada se puede esperar. Si alguien comía poco, menudeando, como los pájaros, solía decirse con *sorna*: «ten cuidado, no te ahítes» y los demás seguían, ordenados y tenaces, hasta rebañar el caldero, en cuyo instante el cabeza solía repetir la maldición del pobre: «antes reventar que sobre».

* * *

Victor Castellanos con su cuadrilla de vendimiadores, de época actual, dispuesto a mudarse de viña, en el camino de Manzanares, después de rematar en esta.



Santicos tenía una burcha, que retozaba en la calle Nueva—ahora Cánovas del Castillo, ¿por qué le cambiarían el nombre a esta calle?—

Tenía, también, una filosofía utilitaria que le reportaba provecho. Lo decía Juan el «Pollo»: «No creais que es tonto, mirar qué bien se apaña y lo que junta».

La burcha de Santicos

Entre los borricos con matauras y secos de los yeseros, sobresalía lustrosa y rellena la borrica de Santicos, morenacaña, fuerte.

Nunca venía de vacío y sus cargas eran colmadas y diarias, porque An-

toñico era trabajador; «Estate ahí,» decía él a los que se dormían y luego andaban a pescar con el pan.

Criaba conejos, gallinas y gorrinos, cuyo alimento acarrea la borrica en todo tiempo, además de surtir de cepujos la candela y llevar la burcha estirizándole.

Libre de aparejos y de carga, la borrica se revolcaba en la calle, armando polvareda y sacudiendo fuertemente las orejas, que sonaban como tablas contra el pescuezo.

La burcha retozaba por la tierra, sobresaltando a las mujeres que cosían en las puertas.

La burcha de Santicos, era la más vistosa de la calle Nueva, saludable y juvenil.

Los conejos que se veían en el corral, tenían también mucho lustre. Del portal de la casa, salía un vaho húmedo de hierba fresca, cuando se asomaba la Agapita. No faltaba allí la comida de los animales; «Hay que cudiarios,» decía Antoñico, en la esquina de «jaranda» con la boca rebosante de saliva, que luego da mucho gusto venderlos y coger los metales». Y la burcha, entre tanto, parecía gozosa de oírlo, levantando polvaredas enormes y dando coces al aire, como diciendo: «Eso, eso, para que aprendais».

APARTADOS ya de la sartén, decidieron hacerse esta fotografía los corredores que estaban midiendo en la bodega de la Niña, un día de principios de siglo.

En ella aparecen, de izquierda a derecha, rodeando la mesa, de pie, Antonio Fuentes «Bolecas», Santiago el «Manchao», Juan Esteban Ruiz y el carrero Victoriano Muela.

Sentados, por el mismo orden, Crisóstomo Raboso «Perra», Guillermo Requena «Terciana»; Gregorio Sánchez Mateos «Petardo» y Fernando Huertas «Tripa».

Delante de la mesa, sentados, Manuel Castellanos, el hijo de Félix el zapatero y Juan Mayo (Juan Quiralte, encargado de D. Enrique Bosch)



La presencia de Manolo el camarero, la mesa y las tazas del café, son notas de modernismo, que no hacen juego con la media y la lata de rellenar los pellejos. El tipismo empezaba a perder pureza y los corredores se pusieron cosas en el cuello, con inconsciente acierto, como si estuvieran en carnaval.

LA BOTIJILLA DE VAQUERO

«Chichín» fué un caporal de lama. Para llevar el vino al corte, usaba una calabaza que cogía dos o tres arrobas. En alguna casa de las que servía,

solían decirle mientras la llenaba:— «¡Ay, Francisco, vaya una mata que sería!... ¿Y crió muchas como esa?».

— «No, señora, está y otra».

— «¡Bendita mata hijo mio, bendita mata!».

Tecnicismos Ferrovianos



LA vida de Alcázar ofrece tantos matices ferrocarrileros, atrayentes para el cronista, que no se acabaría nunca de puntualizar la recíproca influencia que han tenido entre sí la Estación y el pueblo.

Uno de esos matices curiosos es la extensión o generalización del tecnicismo ferroviario infiltrado entre las personas y los aposentos más alejados del carril.

Nuestros propios empleados se han saturado, tal vez como ningunos otros de la red, del formulismo burocrático de la empresa, aprendiéndose de memoria, como el Padrenuestro, las comunicaciones que les envían y ellos recitan al pie de la letra en todas sus conversaciones, haciéndose lenguas de su redacción, ora por su severidad, ora por la meticulosidad de los detalles «¡porque no se les pasa nada!». En cuanto al tecnicismo de cada servicio en particular, es cosa que dominan y usan a la perfección el empleado, su familia y sus amistades, pues hasta en la vida de relación juega esto su papel, porque para reunirse hace falta saber si el agente está franco y qué días y horas le corresponden los descansos y dónde los disfruta, según ande el tráfico, más o menos sobrecargado.

Detalle muy demostrativo de la difusión del tecnicismo ferroviario, es el del orden numérico de las horas del día, que nadie más que los treneros emplea en España en toda su extensión y a cualquiera que en una estación le digan por lo técnico la hora de un tren, soltándole lo de las 21^h50 o las 14^h20, se queda reparado y se echa sus cuentas, para saber a qué atenerse, porque tal es el poder de la rutina. Sin embargo, en Alcázar es frecuente oír a cualquier labriego citar la hora técnica, o la vulgar y la técnica seguidas, una en tono más fuerte que otra, como remachando la respuesta: A las 0^h30, dice, y continúa musitando, las doce y media de la noche.



Esta fotografía está hecha en Jabalquinto, con motivo de un descarrilamiento y en ella está el conocido paisano Gabriel Ortega, el hermano de la Cayetana de «Casitas».

Sujetos al curso del tiempo en todos los momentos de su trabajo, el reloj ha sido un instrumento indispensable para el personal de trenes desde los primeros momentos, incluso cuando no lo usaba casi nadie.

En la época del novecientos había en Alcázar un verdadero furor entre los jóvenes por los relojes y cadenas, que llegaron a intercambiarse con tanta facilidad y frecuencia como los trompos o las tabas.

El personal de máquinas, siempre ostentoso, llevaba los de más fantasía.

«Casitas» fué el gran proveedor para mucha gente de unos relojes como cacerolas, que vendía a 30 pesetas, pagaderas por meses,—yo también le compré.— Los de plata con tapas eran algo más caros.

Las cadenas, de uso indispensable, eran descomunales, tanto por su longitud como por el grosor de sus eslabones y por sí era poco, todavía llevaban un gran colgante en la parte que pendía del chaleco—guardapelo o porta-retrato,—guardador habitual de recuerdos amorosos. Muy bien costaban los sastres de entonces, acostumbrados a la obra firme y de duración sobre pana resistente, pero pocos ojales resistían el peso de aquellas cadenas, en las que el tamaño se tomaba como factor básico en su valoración e importancia del que la llevaba.

Las maquinillas primeras del ferrocarril, simbolizadas en la del tren centenario y en muchas otras que asan chuletas de huerta por las calles madrileñas, han sido tan buenas y prestado tan útiles servicios, que a pesar de su ancianidad siguen desempeñando en los Depósitos de la Renfe funciones de gran utilidad.

Los industriales modernos dicen que eso es pobreza, porque en otros países todo material que no está en forma de pleno rendimiento pasa a la chatarra automáticamente para ser sustituido por el más moderno y perfecto. Estas normas parece que tienen sólidos fundamentos económicos, pero nosotros somos españoles y sentimentales y contemplamos con mucha simpatía esas cafeterillas a la cabeza de cualquier piloto de larga cola, resistiendo el énfasis de las grandes máquinas y la evolución de toda la industria en más de cien años.

Ningún elemento ferroviario podrá decir otro tanto y mucho menos los más recientes. Ahí está el caso de los automotores, que son en las orientaciones modernas del transporte lo que esas maquinillas fueron a la instauración del ferrocarril: su primer elemento básico.

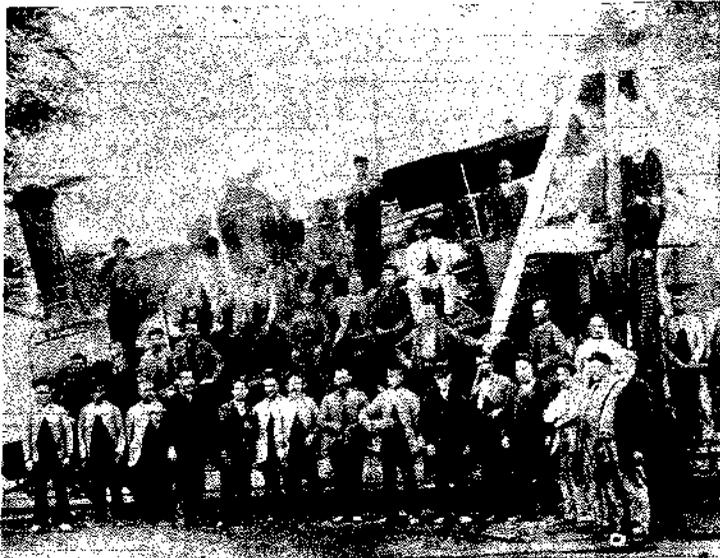
Pero el automotor no soporta la comparación con la maquinilla. Esta, dentro de su pequeñez, que antes no lo parecía tanto, inspira confianza, da sensación de seguridad; el fuego y el humo animan mucho su existencia. El automotor es un cajón de lata, falto de estabilidad, incómodo, con tal sensación de juguete barato, que hasta su silbato tiene musicalidad de armónica, el instrumento menos instrumento de todos los conocidos, incluidos los de los negros en las músicas actuales. Cuando se sube en él, la única sensación de modernidad que se tiene es la de que se paga más de lo que vale, como pasa con tantas otras cosas del día.

Poco tiempo llevan caminando, pero da pena verlos, viejos, sucios, llenos de chichones y moralmente anulados por los Tal, segundo y gran paso de la aplicación del motor al ferrocarril.

No puede concebirse una vida más lugaz que la que han tenido estos artefactos.

Cuando se les ve enfilados en las vías apartadas, al entrar en Madrid, da la impresión de que ya están arrinconados, esperando su desguace. Sus inmediatos antecesores, los cajones motorizados, repartidores de paquetes comerciales en la capital, tienen mucha más vida.

Han pasado más de cien años sin poder arrinconar totalmente la maquinilla y dejarla quieta en el Museo. Estos vehículos de líneas tan poco afortunadas, enriquecerán mucho antes el arsenal de piezas olvidadas. De ellos solo quedará la idea de la rapidez con que fueron superados en una época de progreso industrial acelerada y fecunda, como nunca se conoció.



el padre de Ruperto Montalvo, José María Cortés, Correas, y otros muchos, que los lectores irán puntualizando, con su paciencia y agudeza insuperables.

He aquí la máquina 75, horticada y con la trasera en alto, como los créditos cuando les van a hacer la operación. Está levantada por la cábria, el único e insuperable artefacto con que se podía levantar una máquina en aquellos tiempos.

En el numeroso grupo de ferroviarios que figuran al pie de la máquina, hemos podido identificar a varios que ya han salido en otras fotografías. De derecha a izquierda, al jefe de Depósito Anthaume, Faustino Abad, que fue encargado. En tercer lugar, Angel Alarcos, muy propio, Raimundo Casarrublos, Joaquín Gamito, un poco agachado, Celestino Alarcos, padre de Angel; con la caja «El Barbero», suegro de Paco «el de la botica», a continuación Córdoba, cuando estaba en el almacén, antes de ser capataz; Juan Ramírez, el del mastique, el hombre más feo del mundo, en cuyo horno de la calle Ancha, esquina a la Plaza del Progreso, se hacían las mejores magdalenas del pueblo, por su mujer, la Filomena, que era una bendita; Olivares padre de Sebastián; a continuación «El Quemao» y Bernardo Villajos. El que está en la máquina es el Sr. Higuito, y Domingo Delgado, el dueño de las casas del Paseo. Fernando «el de la maquinilla»; Paco Jiménez, Indalecio Alberca,

Flamenguismo Alcazareño

"CASITAS"

No era alcazareño, pero aquí desarrolló su vida y se sometió a la cogunda, para él holgada, del yugo matrimonial, ocupando muchos años el cargo de jefe de los servicios de comunicaciones, telégrafos, teléfonos y relojes de la Estación.

Había nacido en Quero, como pudo nacer en Piédrola, por ser hijo de ferroviario ambulante, asentador. En realidad, era madrileño barriobajero injerto en alcazareño, como se verá a continuación.

Era de escasa estatura, gordo-pálido, vibrante, inquieto. Vestía y vivía con lujo y dentro de la flamenquería, con cierto gusto. Parecía un marqués y a los chicos nos inspiraba admiración por su condición de torero y respeto por su modo de presentarse. La fantasía infantil, desbordada entonces con el juego del toreo como ahora con la pelota, veía en «Casitas» el *non plus*, como decía Emilio «el Pámpano» su compañero de guitarra, pues como buen flamenco, «Casitas» se pasó la vida de juerga,

Dentro de la fantasía, D. Antonio tuvo la preocupación de su personalidad y es interesante examinar cómo se consideraba él a sí mismo y los canales ocultos por donde discurría su verdadero sentimiento, disimulado con aparatosas apariencias. Lo que resalta en la observación es su afición torera, su actuación juergística y el no haber tenido un hijo a quien poder decir: «este es tu padre».



D. ANTONIO CASAS GALLAR

Esta fotografía de «Casitas» es muy elocuente, porque lo retrata «de cuerpo entero».

Parece un buen mozo y era una bola. Tiene el gesto hosco suyo; pero eso era una «filia». Le falta barriga, que disimula con el tubozo, con la actitud y con la posición de la máquina fotográfica. Parece que adelanta el pie en desplante de citar al toro, pero no hay toro.

Cabe que haya convidado a comer a veinte o veinte y que se vaya por otro lado, llevándose las viandas, o que pida de beber para todo el que llegue a la taberna y se escurra por un ángulo para que paguen los que beban, como es justo.

Cuentan que la noche de su boda le dijo a la Cayetana que se fuera desnudando y volvió al día siguiente... para que se fuera acostumbriendo.

Así era D. Antonio de jactarandoso y bromista y así se reía la Cayetana, poseída y arrogante, al ver a la gente deslumbrada por las apariencias.

La primera y gran sorpresa que se sufre es la de ver que D. Antonio era casi analfabeto. ¿Es posible que aquel señor...? Quejándose de su mala letra y falta de ortografía, dice que es requisito indispensable ser muy poco ilustrado para ser un buen torero, pero que él, como nunca gastó coleta, pudo llegar a saber medio escribir y leer para defender en la Compañía el sostén de su familia. Ingresó en la Estación el año 1874. La afición le entró el 71, viviendo en la Estación de Pozo Cañada con su padre, que lo llevaba a los toros de Albacete y Hellín a ver a Lagartijo, Boca Negra, Frascuelo y otros. El padre creía que su chico sería un gran torero y D. Antonio tuvo el mayor pesar en no tener un hijo de quien poder decir lo mismo.

Fusilaron a su padre los carlistas y él, más amparado por esta causa, pasó a Madrid, al Taller de telégrafos, dedicándose al toreo por los patios de vecindad del barrio del Sur.

Por entonces tuvo relación íntima con una socia de Ministriles y con los amigos de otras, chulillos como él y

con pretensiones de llegar, fueron a pie a debutar en Getafe; era el 14 de mayo de 1877.

El 1880 se presentó en Madrid como banderillero de «El Pulguita» y «El Zoco», al mismo tiempo que los niños cordobeses donde iba «El Guerra».

El 81, «El Manchao» tuvo interés en llevarlo de banderillero a todas partes, pero no fué, por no abandonar su puesto de ferroviario, donde veía

un mediano porvenir, lo cual no llegó, dice en son de queja, pues esperaba algo más de lo que la Compañía se dignó concederle. Por esta causa aceptaba solo las corridas que no le obligaban a faltar a su destino.

Nunca llegó a ganar de banderillero más de cuatro o cinco duros, a pesar de lo mucho que trabajaba.

Como torenillo pasó mil calamidades y contratiempos por los pueblos, de alrededor de Madrid, principalmente.

Trató siempre de ayudar a sus compañeros de fatigas, pero no siempre era comprendido. En una ocasión se ofreció a matarle un toro a otro y este le contestó lleno de vergüenza torera: «si yo me muero, nadie tiene que enterrarse por mí».

Alternó mucho con «El Mancheguito» y tuvo dura competencia en los redondeles con un hermano de este. Recordándolo se desbordaba su entusiasmo describiendo suertes, estocadas y ovaciones delirantes.

El año 86 toreó en Alcázar con «El Navajero» «célebre en el mismo punto» dice «Casitas» y con un tal Villarejo. Lo más destacado, es lo mucho que les hizo reír «El Navajero» a la hora de matar. Como siempre, según él, fué el mejor y quedó como las propias rosas. Un señor le echó un billete de 50 pesetas del Banco de España, por un par de banderillas que le brindó.

Al año siguiente «comenzó la temporada» con otra becerrada alcazareña, alternando con Juan Sarrión, «Puñalito», «El Navajero» célebre y otro valiente del lugar llamado Julián Álvarez. «Casitas» era primer espada y empresario, funciones que desempeñó en diferentes plazas con el resultado de no quedar en su casa ni para comer, después de infinitos trabajos, fatigas y disgustos en los que pasó, dice, «más que Jesús de Nazareno».

«Casitas» mimaba mucho a Sarrión, por lo que rendía en la taquilla a causa de lo que se reían con él.

Los años 88 y 89 fué solo empresario. Dice que le hubiera valido más seguir toreando sin cobrar, pues tuvo que dejarlo, completamente arruinado. En la última corrida de Alcázar llevaba un presupuesto de tres mil reales y no pudo desempeñarse de las trampas hasta últimos del año 90. Pero al año siguiente, el 91, fué nuevamente empresario en Alcázar con las mismas penalidades de veces anteriores, si bien a última hora logró triunfos artísticos en el Puerto Lápiche, que le compensaron moralmente de las amargurillas y más todavía aquel verso que el Barquero le

puso en el «Heraldo» con motivo de una fiesta a beneficio de la Asociación, de las varias que hizo en Madrid a favor de esta entidad.

«Dicen que es Vd. nuevo-

No, señor, yo no lo creo:
usted es persona mayor
en asuntos del toreo».

El año 1896 al final de la temporada dió, por terminada su vida torera, después de una fiesta en Munera, donde toreó al alimón con «Mancheguito» y recibió dos puntazos. Había matado 41 toros en total.

Todavía reincidió en varios festivales por afición, en Madrid, Albacete, Alicante, Alcázar y Aranjuez, donde el año 1898 se juntaron en la plaza 14.000 espectadores para verle. Los billetes desde Madrid los pusieron a peseta.

Su última actuación fué en Alcázar, el 6 de agosto de 1899, en una función organizada por los dependientes de comercio, en donde «Naranjito» quedó para no volver y D. Antonio en lugar de dirigir tuvo que convertirse, dice él, en torero, con obligaciones y poner banderillas.

Hombre de mundo, termina filosofando su vida taurina, viendo que los aficionados recurren a él para que dirija y no para que toree, con obligaciones. Esto me honra mucho, dice, pero demuestra que voy siendo viejo. Cuando llega el hombre a tener nombradía y se le confían cargos honorarios, es una prueba de que las facultades se le van acabando.

Todavía vivió 20 años, pero ya no anota más que los anticipos que iba recibiendo y los débitos que adquiría para sostenerse en la vida.

Vivió en Alcázar desde noviembre de 1884 y murió el 9 de octubre de 1920, a los 58 años de edad.

Para el conocimiento del hombre y del ambiente que engendró, debe observarse que sus inclinaciones primeras no tenían el vigor que su padre decía, puesto que encontró en Madrid el más adecuado medio, del cual fué una prolongación nuestro Paseo, y sin embargo no cedió. A lo largo de su actuación se ve el predominio que tiene la atención a su plaza de ferroviario sobre su amor al arte, lo que significa desconfianza en sí mismo.

Su majeza señoriti) empieza con su llegada a Ministriles. No usó coleta, llevó bigote, sombrero hongo, gabán y guantes y así se presenta en las plazas toda su vida ante el asombro y las cuchufletas de la afición, que habían de neutralizarse con desplantes.

Su presencia en las juergas era diaria y no deja de ser chocante que una mujer tan varonil como la Cayetana, se aviniera a segundos papeles como los que al parecer desempeñaba continuamente, siendo, como era, que el dominio sobre sus hombres, marido y hermano, se le veía a la legua. Es casi segura su convicción íntima de que la propensión a la juerga de su esposo, al que ella misma llamaba D. Antonio entre las vecinas, era mera apariencia ¡No hagais ruido, que D. Antonio vino tarde y está descansando!, le decía a la Josefa de «Canillas» y D. Antonio salía luego hecho un paquete; limpiísimo, alhajado ostentosamente y siempre de nuevo. La Cayetana le despedía en la puerta con la misma tranquilidad cuando se iba a la Estación que cuando iba a dirigir una lidia o al café cantante todas las noches, señal de que no barruntaba peligro, estando segura de que no se arremaría mucho.

¡Por algo lo cuidaba como a un niño!

Y por algo conocía a fondo la vida del Paseo, cuyo ambiente había respirado en Madrid, donde conoció a su marido, pues el padre de la Cayetana era ferroviario del Taller de montaje de puentes, de los primeros que se desplazaron a

Madrid y allí nació ella, en la castiza casa de Panduro, del Paseo de las Delicias, cuyos rasgos no podía negar. Y allí se casó, a los 20 años, pasando el resto de su vida en Alcázar, donde dió gran ejemplo de tolerancia, al estilo de la chulilla a la que maltrata su amante y cuando ve que lo increpa la gente sale en su defensa, diciendo que hace bien en pegarla, porque para eso es su hombre. Cuando a la Cayetana le iban con un chisme de D. Antonio, lo justificaba diciendo que para eso era hombre y sin eso tomaba siempre una parte activísima en los convites a las gentes que «Casitas» llevaba a su domicilio, cada dos por tres. La capacidad de gobierno de la Cayetana, como su manolera, fueron extraordinarias. Sin ella «Casitas» hubiera vivido en la miseria; con ella, vivía como un marqués. Ella hizo una de las casas más caprichosas de Alcázar, hermosa jaula para el pájaro multicalor que era su hombre; pájaro y jaula de lo más ostentoso, según era el gusto barriobajero de aquella varonil mujer, orgullosa de la fanfarronería chulesca y señoril que fué el trabajo único pero permanente de su existencia, hallando la felicidad donde cualquier mujer hubiera encontrado la tragedia.

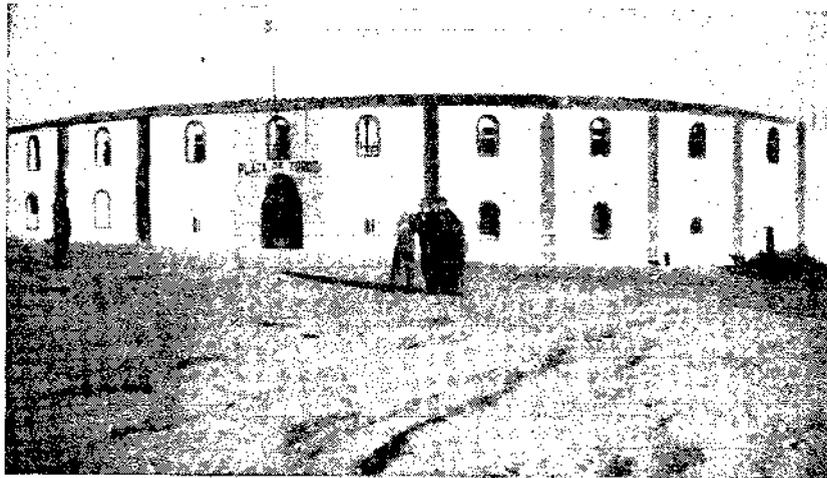
EL CIRCO QUE FUE

En el fascículo segundo se publicaron cinco fotografías en liesta y algunos comentarios de la Plaza de Toros vieja.

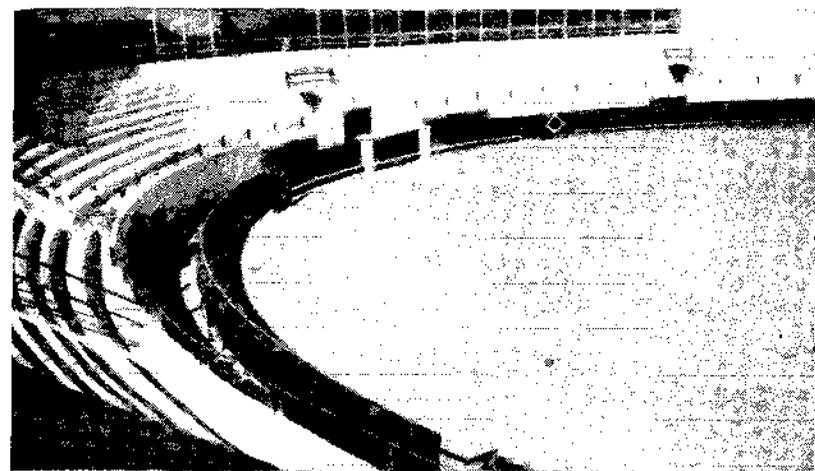
Posteriormente y gracias a la amabilidad de D. Leandro Gómez, conocimos estas vistas que publicamos hoy y que nos la ofrecen libre de espectáculos. La misma suerte y la conocida generosidad de D. Primitivo G^o. Baquero, de la familia de D. José Ortiz, de la familia Alvarez y otros aficionados, nos permite completar la información con detalles que servirán para la historia de la afición taurina alcazareña.

La Plaza se hizo realmente, como apuntábamos en el fascículo segundo, por el herrero «Fachano» (Plácido Aranda, natural de Villafranca, casado aquí con Antonia Alvarez, hermana de Benigno, padre de Tomás,

el yerno de «Mocho», a cuyo poder pasó la fragua con el tiempo) pero el «primun movens», el estímulo inicial, provino del torero alcazareño, residente en Madrid, Blas Morollón, (Naranjito) hombre imaginativo, chamarilero y presumido, que logró estimular con sus fantasías a los alcazareños, cosa no rara aquí. Blas



Plaza de Toros vieja.—Vista de la fachada.



Plaza de Toros vieja.—Vista de los tendidos.

era también sobrino carnal de la mujer de «Fachano» e hijo de Lucio Morollón «El Cojo de la Sabina», zapatero de oficio.

El terreno lo cedió «Girón» (Antonio Alaminos) frente a La Covadonga y separado de ella por el camino de Valcargao, en una hondonada, aumentada por los terraplenes de la vía, que permitió hacer asientos macizos utilizando las vertientes naturales del piso hasta la mitad de las filas.

Se empezó la construcción en el año 1897. Alcázar cooperó con entusiasmo aportando cada cual lo que pudo, en trabajo o en dinero, siendo los maestros albañiles más participantes los hermanos Beamud. Blas trajo la madera vieja y podrida de una plaza antigua que había en La Granja (Segovia). Aunque con pocas seguridades, la Plaza quedó dispuesta para su funcionamiento dentro del año, pero no pudo inaugurarse por falta de recursos y al año siguiente se formó una Comisión para ayudar a «Naranjito» y organizaron las corridas inaugurales el 8 y 9 de septiembre de 1898.

Primitivo aportó la mayor ayuda, porque las buenas relaciones que ya tenía con los taberneros, donde se reunía la crema del toreo, le permitió traer a Cayetano Leal, «Pepe-Hillo», a inaugurar la plaza y mató cuatro toros cada tarde por 3.500 pesetas en total. El ganado fué de D.^a Prudencia Bañuelos, de Colmenar Viejo, famosa entonces.

La Comisión, que merecía tanta confianza como escasa el empresario, cubrió los gastos de ambas corridas el primer día y le entregó en la segunda el billeteaje libre a «Naranjito» con la

obligación de que paga los impuestos, pero no lo hizo y la Plaza salió a la subasta, siendo adquirida por D. José Ortiz, el cual la reconstruyó el 1930 bajo la dirección de Tomás Munárriz.

A pesar de las malas condiciones en que se encontraba la Plaza se dieron en ella a lo largo de su vida festivales, novilladas y corridas de gran importancia, interviniendo figuras como «Celita» «Bonarillo», Vicente Pastor, «Limeño», Josecito y otros.

«Estrella», siendo empresario, fué el que consiguió con su rústica e imperturbable naturalidad, que viniera «Josecito» y aquella tarde fué cuando el toro quinto de la ganadería de Villalón, negro y uno de los mayores del encierro, rompió durante la suerte de varas la puerta de arrastre, llegando hasta los corrales y mató las mulillas, ocasionando un quebranto notable a Eulogio, aminorado en parte por el desprendimiento de los toreros y del pueblo en general.

Por cierto, que «Limeño» pidió a un Inspector de Policía, que le hizo varios disparos de pistola a la res, que lo dejara matarla a él, como así lo hizo de una estocada.

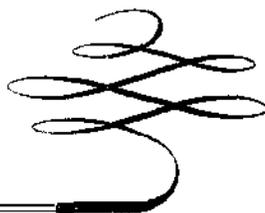
Después de reconstruida la Plaza el año 30, fué cuando Estanislao Utrilla dió la corrida con Vicente Barrera, Manolo Bienvenida y Enrique Torres, con toros de los Hermanos Angoso, de Salamanca.

Poco después, en los años 36 y 37, desapareció la Plaza.

Se nos ha enviado la fotografía de un cuadro expuesto en un bar de Córdoba, con un telegrama ilegible, donde han creído leer que el «Guerra» se cortó la coleta en Alcázar.

Lo cierto es, que cuando venía de cortarse la coleta de Zaragoza, el 16 de octubre de 1899, tuvo que esperar unas horas en la Estación. El encargado del Marqués (D. Juan Leonardo), D. Primitivo García-Baquero y otros aficionados se lo llevaron a las bodegas a tomar un vaso de manzanilla y «Guerrita», en vista del retraso del tren, puso desde aquí el telegrama hablando de su corte de coleta.

La herencia



La arrolladora juventud llevada de su espíritu iconoclasta, espoleado por influencias imponderables pero reales, anhela desentrañar la vida de sus antecesores y hasta sin darse cuenta, se inclina a disgregaciones que no tienen otra finalidad: sacar el fondo del baúl, revolver el cajón de la cómoda o sacar todo lo del armario es una aspiración inconsciente, de impulso incontenible, que apenas admite excepciones: ¡qué tendrá ahí mi padre, qué papeles serán esos que asoman al abrir el baúl de mi abuela!, son acicates agudísimos para la curiosidad juvenil.

Cuando el joven se informa y casi siempre tiene la referencia con la intención **non-santa** de la mala idea de alguien, de que los niños no vienen de París y que sus padres tienen las mismas necesidades o dígame flaquezas, que todos los seres, sufre tan fuerte sorpresa y queda tan profundamente contrariado que ya no logra nunca desentenderse de la preocupación que la determina, cuya última fase, a lo largo de infinitos quebrantos, es sacar todo lo del cajoncillo, postrero desencanto de la curiosidad, pues casi nunca se encuentra nada más que algún papel apollillado, tal cual trozo de carta vieja, amarillenta, la llavecilla que nadie sabe a qué cerradura pertenecía, la cinta que perdió el color y algún retrato desconocido, flores todas marchitas que se pulverizan al tocarlas y que son aventadas al sopiarse el joven las manos y sacudirse las para quitarse el polvo.

El joven, siempre irreflexivo, ciego por la ansiedad, no se apercibe de que él, obedeciendo impremeditadamente a su sentir, ha ido llenando su cajoncillo propio y ni se le ocurre siquiera que nadie lo tocará jamás, porque son detalles sueltos que solo a él interesan y que fueron guardados por la huella, de varia naturaleza, que dejaron en su alma.

En mi vida de Médico he visto muchos cajoncillos desalojados y muchos objetos, unguidos por el más tierno recuerdo, arrojados a la basura y he sentido gran pena al ver la poca delicadeza con que las personas mayores sacaban el serrín al muñeco y lo deshacían ¿Qué pueril satisfacción tendrían en romper el encanto del muñeco de cartón? ¿Qué estorbo les haría o que mala tentación sentirían ante el patrimonio sentimental de sus antecesores?

¡El cajón vacío, o el armario desalojado! ¡Qué tristeza tan grande! Qué pobreza la de las almas que se gozan en romper el misterio sin misterio de la arqueta de la abuela, aquella vieja arqueta, ya carcomida, casi sin contenido, polvo que vuelve al polvo, pavesa que únicamente sin tocarla se conservaría y podría seguir siendo la herencia que se espera tener, la ayuda que se podría recibir, el consuelo que proviene del apoyo moral que presta la reliquia del antecesor, el gusto de conservar y el honor que se tiene de respetar lo que deseáis que os respeten. Todo lo noble y hermoso de la vida, echado al montón por la insana curiosidad o impropia conveniencia de lo inconveniente. El cajoncillo, que resume y simboliza una vida, el residuo sentimental y como si dijéramos las cenizas recogidas después de incinerado el cuerpo, el recuerdo lírico que queda de una existencia después de pasar la tormenta de la vida. Todo deshecho por los hombres que no han dejado de ser chicos y cándidamente se quedaron sin muñeco al satisfacer la curiosidad de ver lo que tenía dentro, rompiendo el misterio, que era la mejor herencia que podían tener al no tocarlo jamás; el bien a la vista, pero sin llegar a poseerlo, única forma de conservar la esperanza y morir con la ilusión del más allá, la herencia suprema. ¡Pobres hombres, desilusionados ante el cajoncillo que resultó no tener más misterio que el de su tapa cerrada!



Recuerdos sentimentales

SENTIMENTAL y póstumo puede concepiarse este recuerdo de la calle de la Estación—ahora Primo de Rivera—porque aun conservando su antiguo trazado, ya no comunica con la Estación, ni queda ninguna de las personas que le dieron carácter y grato ambiente.

La parte antigua de la calle, que es el extremo que la une con la del General Alcañiz, se ha remozado casi totalmente; ya que no queda viejo más que una pequeña parte de la casa del «Roco».

El resto de la calle ha sufrido más cambios en la vecindad que en las construcciones, con haber sido estas abundantes y en ese resto era precisamente donde la vida discurría más placentera y en cierto modo desvinculada de los prejuicios lugareños.

Entre todos, destacaban por su número, buen humor e inquietud, los hijos de la Natalia la «Moracha», que eran siete; Gabriel, siempre ausente, hombre capaz. «Carpo», el mayor, maduro ya entonces y conductor, casado, sin hijos, estando en el pueblo no dejaba vivir a nadie; se metía en las cocinas, revolvía las despensas, revolucionaba a las mujeres y ponía la calle en movimiento desde por la mañana. Pascasio y Julio, eran más sosegados, aunque no negaban la pinta. Julio murió soltero avanzado, viviendo ya en el Paseo, produciendo gran quebranto a la madre, de quien heredaron tan excelentes cualidades. Las hijas—Genara, única que vive, Rosa y Bonifa.—Eran las mejores colaboradoras de Carpo, bromistas, ocurrentes y buenas a carta cabal.

Las notas más auténticamente alcazareñas las daban en la calle, la Gabina de «Borrego», por entonces en toda su pujanza, con su posada; Manuel Comino, el practicante, por entonces recién casado, y el tío «Canillas», con su *ramo*... y con su hijo Rafael, tan serio como «Casitas» y con su misma tranquilidad inaudita para todo.

Las casas de numerosa familia, participaban menos en el «corre, ve y díte», no por falta

de ganas y de gusto para ello, sino por imposición de las obligaciones; algunas, sin embargo, eran tan entusiastas y les pinchaba tanto la sangre, como a la Concha del «Estudiante», que con un chico en brazos y tres o cuatro alrededor, no permitía que le adelantara su cuñada Lola, la de Ga-

mito, que solo tenía una chica. La Cayetana de «Casitas», sin hijos, que se salía a la calle para que durmiera a gusto el señor, que se acostaba tarde; la Gabina, también sin hijos y de una disposición que le permitía estar al tanto de todo, la Bonifa y sus hermanas, solteras avanzadas y disconformes, que tenían el tiempo de sobra, entonces el tiempo no escaseaba para nadie, aunque la Ulpiana llegaba un poco tarde a todo. Esta, era una madrileña que se casó con el «Rus», el mayor, el cual murió de una meningitis por aquellas fechas, siendo ya maquinista. La misma desgracia tuvieron la Emilia y Manuel con sus primeros hijos, con poca diferencia de tiempo.

Entre los ya citados y las de «Cruceta», la mujer de «Carpo», la Josefa de «Canillas», la señora Carmen de Francisco Miguel, familias cortas todas y algunas otras que se agregaban del Paseo, de la calle de los Yeseros o de la calle Nueva, mantenían animada la calle a todas horas.

Momento singular (en la vida de la calle) era la llegada de Manuel, el cabrero, a eso de las ocho de la mañana y al anochecer. Su proximidad se anunciaba con antelación por el ruidoso campanileo de su gran hato de cabras, y apenas asomaba por la calle Nueva, empezaba a pregonar en voz alta, al tiempo que llamaba en todas las puertas: «¡La leche. El lechero!». Manuel Lizano era un hombre de estatura media, delgado y muy moreno, que llevaba su negocio con la alegría del triunfador, del hombre satisfecho de sí mismo, que va derrochando simpatía y contagiando su optimismo a cuanto le rodea y se le somete sin poder evitar la seducción. Ocurrente, gracioso, servicial y desprendido, mantuvo contenta muchos años a una *grsa parroquia* y la calle de la Estación inició en todos ellos su vida de cotoceo permanente con la llegada de Manuel y sus voces de convocatoria del cónclave femenino.

Los «Pellejeros», tan trabajadores, mantenían en el rincón un foco de actividad febril con el tío «Cuadro» y el tío Blas a la cabeza. El

hijo de ésta, iba con nosotros a la escuela. Su hermana Tarsila, era de una belleza tan atrayente, que hasta las mujeres se conmovían a su paso, y todas las que hemos citado, que eran bien arrogantes, las primeras.

Otra chica había en la calle, que no merecía a su lado, muy melida en su casa y exenta de fogosidad, que no se la veía más que en el balcón, aunque cuidada siempre; la Dolores Toboso.

Por entonces, vino a Alcázar Pepe Sancho, ahora alcazateño de corazón; y también el primer automóvil, que llevó hasta la Cañamona a unos cuantos, que vinieron asombrados de la velocidad--14 minutos.-- Entre ellos el Sr. Canet y Manuel Comino.

Este trozo de calle, tan simpático y agradable, era tan alcahuete como otro cualquiera, pero de diferente estilo, menos agresivo, con menos saña, tal vez por tener siempre materia fresca sobre qué cebarse, proporcionada por el trajinillo de la Estación; los que iban, los que venían, los que no se acostaban y las fulanas y los menganos, movilizados por la cuadrilla del «Pámpano» y los de la Paja, que siempre revertían a esta calle, como aquel pobre cojo que dejaban puesto al sol, aterido y medio muerto, con la ventana abierta, en la planta baja de la primera casa del «Rus», mientras las palomas alzaban el vuelo.

Por entonces, el gran alarife Jesús Lucas, se extasiaba preparando la magnífica cueva para las casas que después levantó en la esquina, a cuya vuelta, lo vende ahora tinto nuestro primo Rafael, el hijo del «Jaro Rufao». De la misma fecha son las casas de Andújar, que asombraron por su altura, pues nadie había sentido la necesidad de hacer tres pisos habitables donde se podía correr en extensión lo que se quisiera. Fue el primer indicio del futuro valor comercial del barrio, cosa a la que también contribuía la oficina de Telégrafos, instalada en la casa que hace esquina al callejón de los guardias y que entonces regentaba Reyes Romero, al que llamaban «Brocha», por el gran bigote que tenía y «Rengue» por apodo familiar.

Procedía de la calle Toledo, como nosotros, donde enviudó. En la época a que nos referimos, ya casado con la Ramona de Tejero, se quedó con la luz eléctrica y montó una agricultura que mejoró mucho su situación económica.

Un detalle revelador del fermento evolutivo que obraba en la calle, lo constituía el saludo. Cuando en todo el pueblo se decía «buenos

días nos dé Dios» «buenos días tenga Vd.» o «buenos días hermano» y al llegar a una casa era corriente el «Ave María Purísima» y «sin pecado concebida» o «alabado sea Dios», en este barrio se cubría la fórmula con una media palabra, que entonces extrañaba a la gente vieja del pueblo, se saludaba diciendo: «Buenas» o «muy buenas», prolongando un poco la sonoridad de la última sílaba: «Buenass».

Ya había hecho Juan Lucas, hermano de Jesús, la casa de orilla del «Roco», donde vivía y enviudó entonces con numerosa familia, que se ha extinguido casi totalmente. Manjavacas, el maquinista, había hecho la suya frente a Gabriel Mata. Vivía un poco desambientado y con el prurito de la mecánica, siempre estaba enredando y mostrando las pruebas de su ingenio. Junto a él Juan Núñez, jefe de noche, y la Juana ponían una nota de severidad, única en la calle, pues aunque «Casitas» parecía también un hombre grave, se notaban que eran meras apariencias, pues en el fondo era un juerguista y Garzón, tan serio, no era severo, sino bondadoso y cumplidor.

VIAJE DE IDA Y VUELTA

UNA enfermedad aniquilante, con angustia de muerte, vino a interrumpir estos trabajos cuando más entusiasmado estaba con ellos. Quedé convertido en un andrajo, anulados todos los atributos de la personalidad, hasta que las treguas se fueron intercalando en el sufrimiento, singularmente en las madrugadas, avivándose en el nuevo día los recuerdos que quedaron soterrados por el dolor poco tiempo antes. Alcázar volvía a cruzar por la imaginación, que no obstante el colapso sufrido, seguía complacida en el recuerdo infantil, con preferencia al momento presente, más importante sin duda, pero menos cordial y menos sentido.

Este accidente y sus consecuencias, han permitido contrastar los recuerdos de la infancia alcazateña con los juveniles de Madrid, la segunda patria chica, donde tantos rincones nos llenaron de ilusión y de gozo, haciéndonos sentir la vida de la Villa como única apetecible; de Madrid al cielo y un agujerito para verlo.

Estos rincones han perdido su encanto. Unos han cambiado sin aparentarlo, como San Carlos y el General, que parecen vacíos. Otros han desaparecido--Café España, Teatro Romea,

Iglesia del Salvador, vida de Antón Martín—muchos se han arrugado tanto y consumido, que están pidiendo a gritos la pala del enterrador: barrios bajos en general, Lavapiés, Ave María, Amparo, Mesón de Paredes. . . calles tan alegres, tan hermosas, tan castizas, ahora desgarradas, sucias, inexpresivas, denotan cuán razonable es la piqueta, y como lo más natural de la vida es la muerte, cuya visita a tiempo es la bendición de Dios. Vivir o no vivir. Ser o no ser, pero no sobrevivir, perdurar, seguir estando sin estar, sobrepasado por los cambios.

Es absurdo oponerse a la terminación natural de la vida. Está bien que se conserve el recuerdo de lo que fué, pero en el archivo, en el

libro registro, donde no estorbe ni desmienta con su triste presencia el lirismo de quien lo cante.

Las cosas, como los seres vivos, deben desaparecer: lo contrario convertiría el planeta en un museo de ruínas nada edificante. ¡Bien muerto está todo!

Calle de la Esperanza, de Madrid. Tu nombre ha sido un símbolo en mi vida desde que me acogiste en tu seno; «la libélula vaga de una vaga ilusión» «la ilusión no lograda» y por eso permanente, que se mantiene hasta el final, haciendo caminar sin desmayo, con esperanza. ¿Qué más pueda pedirse que una quimera para engañarse todo el camino?

Patricio el embustero

HOMBRE de ocurrencias sorprendentes, alto, seco y desgarbado, un poco falto, con exaltado mirar, que puso a la calle del Recreo el poético nombre que lleva, aunque por motivos tan poco líricos como los de ir a ensuciarse todo el mundo en ella.

Tuvo muchos hijos y para no confundirse con los nombres propios, los numeró por su cuenta después de cristianarlos.

La mayor parte de su vida fué cabrero, pero pasó en la Estación alguna temporada.

El ganado molestaba y deterioraba bastante la casa de su suegro, donde vivía. La abuela refunfuñaba diciendo que no lucía lo que se limpiaba y se fué a la plaza. Cuando volvió se encontró la casa iluminada con candiles. Sorprendida, preguntó la causa, y Patricio la justificó: para que luciera.

Al irse de quintería para la semana, su suegro le ordenó que no estuviera en la casa para cuando volviera. Patricio confeccionó varias tiendas de campaña en la calle, con las sábanas y mantas de la casa e instaló a la familia y tuvieron que pedirle por favor que se entrara a la casa otra vez.

Son infinitas las simpladas que se cuentan de Patricio y sonadas las carcajadas con que él mismo las celebraba, entremezclándolas con una especial labia gitana, que manejaba hábilmente para lograr sus propósitos. ¡Y no le fué mal del todo! A muchos los «arregló» porque también era curandero.

Un día fué abordado en la puerta de su casa por unos tratantes que buscaban quién les vendiera una caballería. Patricio les envió a casa de un vecino, que tenía una potra. Los tratantes quedaron sorprendidos al ver que la potra del vecino era descomunal y apreciable a simple vista, y el interesado, que era una excelente persona y la formalidad misma, aunque disgustado, tuvo que reírse de la ocurrencia de Patricio.

Un clavo saca otro clavo

«Chichín» fué uno de los discípulos del ciego el «Coigandero», célebre tocador de guitarra. Con él iba Nicolás «Cachile». La figura de «Cachile» era la de un antroipoide gigante, alto, curvado, de miembros largos y brazos con tendencia a irse al suelo, ni rubio ni moreno, «enzurrunao», del color de la tierra, hocicón, con cejas abultadas y las intenciones de enredar como las de los monos. Hombre temático que se complacía en sembrar la cizaña, sobre todo si podía dar como fruto algún regaño o cachete para algún chico, casi siempre inocente para sus acusaciones. Ya viejo me estuvo reprochando dos años seguidos la forma en que correspondí a un saludo, «como si hubiéramos sido iguales». Ellos embromaban al ciego, al uso del Lazanillo de Tormes, agraviando su nariz, ya que no podía ser la vista.

Ahora hay una muchacha, a la que veo con frecuencia, que me saluda como yo saludé a «Cachile». Me hace mal efecto, pero me río y no digo nada, acordándome de Nicolás.

Egidos de Piédrola

Y se ha dicho otras veces, que Piédrola es el paraje más saludable y pintoresco de todo el término, comparable al otro monte de Marañón, que son las dos alturas extremas del campo alcazareño. El poco apego y ningún respeto que se tiene al árbol, ha impedido que estos lugares se conviertan en zonas de utilidad pública para la salud. Tiempo atrás, merecieron alguna más atención y bien lo acreditaron las huertas de Piédrola, de las cuales se consideraron egidos los sectores más pintorescos y amenos de nuestros días.

Tanto desde lo alto del Castillejo, como desde el mediodía del Rasillo, la vista de Alcázar es hermosa y el campo se domina en todas direcciones: los Quiñones Bermejos, la vega Ocaña, los salabrales fríos del Arroyo del Albardial.

En la cantera de la arena y sus alrededores, se está al abrigo de todos los aires, libre de la vista de transeuntes molestos y la resonancia que gozan los sonidos, a pesar de no ser grandes las alturas que la circundan, hacen íntimo y grato el ambiente, aislándolo del contorno, incluso de lo más inmediato.

Tiene allí la tierra una alegría propia, natural, que se conserva a pesar de la soledad y del abandono; con el descuido pintado en su cara pero contenta.

Pozos hundidos, pairazos; corralizas desmoronadas, desconchados; piedras desparramadas, terragueros. Basuras arrojadas, perdido el provecho. Lindes florecidas de plantas pinchudas, enormes. Ganados rapaces, sin protección ni sosiego, sin la rumia soñolienta de la oveja llena, echada. Árboles tronchados, con mutilaciones bárbaras. Por el camino van las bestias con paso tardo, mientras los hombres, medio tendidos, machacan cansinamente los temas diarios. Van hacia arriba, como si no se supiera de cierto a dónde, porque desaparecen y no se les ve por ninguna parte hasta que vuelven al caer el día, cuando el sol pierde su brillo o se empoza, dando a la tierra el colorido cárdeno de los presagios tristes.

Las casas, cerradas, son como ataúdes en espera de ocupantes; tienen la tristeza silenciosa, hueca, del vacío, de la nada.

Los cerros aparecen salpicados de sombras tenues de las piedras verdinosas, apenas alumbradas por la luz crepuscular.

El cielo aborregado. No se ven animales y pronto la noche tenderá su manto sobre estos egidos alegres, que nuestra adusta psicología fué dejando petrificados en una mueca risueñamente amarga, llena de mellas y arrugas difíciles de cambiar.

Pedrizos de Piédrola, a donde se llega después de pasar una tierra costrosa, improductiva, reseca y cuarteada como cuero viejo. En las arenas se ensancha el pecho y se mira hacia el lugar con melancolía, la melancolía de la tierra triste que os echó al mundo y que os sujeta con dulce y tremenda esclavitud, la de la intimidad, la del sentimiento de vivir.



De pie, con sombrero ancho, aparece José el «Cuco» (José Santiago) uno de los hombres que más ha paseado el camino de Piédrola, dueño y cuidador de la huerta en su época de esplendor. La fotografía lo representa en el momento cumbre de su vida, el día de la boda de su hijo mayor, es decir, el día que inicia su descenso el padre. Como apreciarán los conocedores, están juntas las dos familias: ella es la del río «Bolíero» (Minaya).



Musiquilla callejera

✱

AUNQUE otra cosa pareciera, esta no es una obra mía; es una obra del pueblo, de la tierra. Yo soy la cuerda de la guitarra, el medio circunstancial que hace sonar el alma alcazareña. Cualquiera podría hacer otro tanto; es decir, cualquiera podría hacer mucho más, pero imagínese cuánto es mi honor al servir de vehículo para la expresión del sentir popular. A las veces cada sonata que sale en forma de cuadernillo, expresión de un sentimiento que me surge a borbotones, hace vibrar otros instrumentos templados con tono similar y que sin poderse contener emiten las notas que les corresponden en esta función, notas que llegan en forma de cartas, que, prescindiendo de su afecto personal, deberán figurar en esta obra por lo que supone de aportación a este concierto del espíritu manchego. Y así se hará en números sucesivos, para que pueda ver, quien lo desee, la orquestación de esta piececilla.

Es importantísimo en tal correspondencia que se me señalen los errores, las faltas e incluso las apreciaciones equivocadas que pueda hacer de las cuestiones tratadas. Ello aumentará la confianza mutua y mi agradecimiento para todos.



Sentencia absolutoria

✱

HABIA un grupo de monigonas en el Arenal viendo el anterior cuaderno y escudriñando en las fotografías. Al final, una, sentó la conclusión, diciendo: «Y luego, que la letura está mu bien».

¡Muchas gracias, hermana, muchas gracias!. Tu opinión me enorgullece, porque mi mayor honor es ser uña y carne vuestra.



